

RUIZ DE ALARCÓN Y MENDOZA, JUAN (Ca. 1581-1639)

## EL EXAMEN DE MARIDOS

PERSONAS que hablan en ella:

El conde CARLOS, galán  
El MARQUÉS don Fadrique, galán  
El conde don JUAN, galán  
El conde ALBERTO, galán  
Don GUILLÉN, galán  
Don Juan de CUMÁN, galán  
La marquesa, Doña INÉS, dama  
MENCÍ, su criada  
Doña BLANCA de Herrera, dama  
CLAVELA, su criada  
OCHAVO, gracioso  
BELTRÁN, escudero viejo  
HERNANDO, lacayo  
Don FERNANDO, viejo grave

## ACTO PRIMERO

Salen Doña INÉS, de luto,  
y MENCÍA

MENCÍA:

Ya que tan sola has quedado  
con la muerte del Marqués  
tu padre, forzoso es,  
señora, tomar estado;  
que en su casa has sucedido,  
y una mujer principal  
parece en la corte mal  
sin padres y sin marido.

INÉS:

Ni más puedo responderte,

ni puedo más resolver,  
de que a mi padre he de ser  
tan obediente en la muerte  
como en la vida lo fui;  
y con este justo intento  
aguardo su testamento  
para disponer de mí.

Sale BELTRÁN de camino

BELTRÁN:  
Dame, señora, los pies.

INÉS:  
Vengas muy en hora buena,  
Beltrán, amigo.

BELTRÁN:  
La pena  
de la muerte de; Marqués,  
mi señor, que esté en la gloria,  
me pesa de renovarte,  
cuando era bien apartarte  
de tan funesta memoria;  
mas cumplo lo que ordenó  
cercano al último aliento:  
en lugar de testamento  
este pliego me entregó,  
sobrescrito para ti.

Dale un pliego

INÉS:  
A recibirle, del pecho  
sale, en lágrimas deshecho

Abre el pliego  
el corazón. Dice así:

Lee

"Antes que te cases, mira lo que haces."

MENCÍA:  
¿No dice más?

INÉS:  
No, Mencía.

BELTRÁN:  
Su postrer disposición  
cifró toda en un renglón.

INÉS:  
¡Ay, querido padre! Fía  
que no exceda a lo que escribes  
mi obediencia un breve punto,  
y que aun después de difunto  
presente a mis ojos vives.  
Y vos, si el haber nacido  
en mi casa, y si el amor  
que del Marqués, mi señor,  
habéis, Beltrán, merecido;  
si la firme confianza  
con que en vuestra fe y lealtad  
resignó su voluntad  
aseguran mi esperanza,  
sed de mi justa intención  
el favorable instrumento,  
con que de este testamento  
disponga la ejecución.  
Sólo de vuestra verdad  
he de fiar el efeto;  
y la elección del sujeto,  
a quien de mi libertad  
entregue la posesión,  
de vos ha de proceder,  
y obligarme a resolver  
sola vuestra información.

BELTRÁN:  
No tengo que encarecerte  
mi obligación y mi fe,  
pues ellas, según se ve,  
son las que pueden moverte  
a hacerme tu consejero.

INÉS:  
Venid conmigo a saber,  
Beltrán, lo que habéis de hacer;  
que elegir esposo quiero

con tan atentos sentidos  
y con tan curioso examen  
de sus partes, que me llamen  
el "examen de maridos."

Vanse. Salen don FERNANDO  
y el conde CARLOS

FERNANDO:

Pensar que sólo sois vos  
dueño de su voluntad,  
y, según vuestra amistad,  
una alma vive en los dos,  
de vos me obliga a fiar  
y pedir os una cosa,  
que, por ser dificultosa,  
podréis vos sólo alcanzar.

CARLOS:

Si como habéis entendido,  
don Fernando, esa amistad,  
conocéis la voluntad  
con que siempre os he servido,  
seguro de mí os fiáis,  
pues ya, según mi afición,  
sólo con la dilación  
puede ser que me ofendáis.

FERNANDO:

Ya pues, Conde, habréis sabido  
que el Marqués a Blanca adora.

CARLOS:

De vos, don Fernando, agora  
solamente lo he entendido.

FERNANDO:

Negaréis como amigo  
y secretario fiel  
del Marqués.

CARLOS:

Jamás con él  
he llegado, ni él conmigo,  
a que de tales secretos  
partícipes nos hagamos;

o sea porque adoramos  
tan soberanos sujetos,  
que, con darle a la amistad  
nombre de sacra y divina,  
aun no la juzgamos digna  
de atreverse a su deidad;  
o porque el celo y rigor  
de esta amistad es tan justo,  
que niega culpas del gusto  
y delitos del amor;  
o porque de ese cuidado  
vivimos libres los dos,  
y en lo que os han dicho a vos  
acaso os han engañado.

FERNANDO:

No importa para el intento  
haberlo sabido o no;  
ser así y saberlo yo  
es la causa y fundamento  
que me obligó a resolverme  
a que de vuestra amistad,  
nobleza y autoridad  
en esto venga a valerme.  
Y así, supuesto, señor,  
que si el Marqués pretendiese  
que Blanca su esposa fuese,  
no me encubriera su amor,  
pues, si sus méritos son  
tan notorios, se podría  
prometer que alcanzaría  
por concierto su intención;  
de aquí arguyo que su amor  
sólo aspira a fin injusto,  
y quiere alcanzar su gusto  
con ofensa de mi honor.  
Vos, pues, de cuya cordura,  
grandeza y valor confío,  
remediad el honor mío  
y corregid su locura;  
que en los dos evitaréis  
con esto el lance postrero,  
pues lo ha de hacer el acero  
si vos, Conde, no lo hacéis.

CARLOS:

Fernando, bien sabéis vos  
que, por no sujeto a ley  
el amor, le pintan rey,  
niño, ciego, loco y dios.  
Y así, en este caso, yo,  
si he de hablar como discreto,  
el intentarlo os prometo,  
pero el conseguirlo no;  
que por locura condeno  
que se prometa el valor  
ni poder más que el Amor,  
ni asegurar hecho ajeno.  
Mas esto sólo fiad,  
pues de mí os queréis valer:  
que el Marqués ha de perder  
o su amor o mi amistad.

FERNANDO:

Esa palabra me anima  
a pensar que venceréis;  
que sé lo que vos valéis  
y sé lo que él os estima.

CARLOS:

No admite comparación  
nuestra amistad; mas yo sigo  
en las finezas de amigo  
las leyes de la razón:  
en esto la tenéis vos,  
y de vuestra parte estoy.

FERNANDO:

Seguro con eso voy.

CARLOS:

Dios os guarde.

FERNANDO:

Guárdeos Dios.

Vase don FERNANDO.

Salen el MARQUÉS y OCHAVO

OCHAVO:

Él es un capricho extraño.

MARQUÉS:

¿Examen hace, curiosa,  
de pretendientes?

OCHAVO:

¡Qué cosa  
para los mozos de hogaño!

MARQUÉS:

Conde...

CARLOS:

Marqués...

MARQUÉS:

Escuchad  
el más nuevo pensamiento  
que en humano entendimiento  
puso la curiosidad.

CARLOS:

Decid.

A OCHAVO

MARQUÉS:

Vuelve a referirlo  
con todas sus circunstancias.

OCHAVO:

Perdonad mis ignorancias,  
pues de mí queréis oírlo.  
La sin igual doña INÉS,  
a cuyas divinas partes  
se junta ya el ser marquesa  
por la muerte de su padre,  
abriendo su testamento,  
con resolución de darle  
el cumplimiento debido  
a postreras voluntades,  
halló que era un pliego a ella  
sobrescrito y que no trae  
más que un renglón todo él,  
en que le dice su padre,  
"Antes que te cases, mira lo que haces."  
Puso en ella este consejo

un ánimo tan constante  
de ejecutarlo, que intenta  
el capricho más notable  
que de romanas matronas  
cuentan las antigüedades.  
Cuanto a lo primero, a todos,  
gentilshombres y pajes  
y criados de su casa,  
orden ha dado inviolable  
de que admitan los recados,  
los papeles y mensajes  
de cuantos de su hermosura  
pretendieran ser galanes.  
Con esto, en un blanco libro,  
cuyo título es "Examen  
de maridos," va poniendo  
la hacienda, las calidades,  
las costumbres, los defetos  
y excelencias personales  
de todos sus pretendientes,  
conforme puede informarse  
de lo que la fama dice  
y la inquisición que hace.  
Estas relaciones llama  
"consultas", y "memoriales"  
los billetes, y "recuerdos"  
los paseos y mensajes.  
Lo primero, notifica  
a todo admitido amante  
que sufra la competencia  
sin que el limpio acero saque;  
y al que por esto, o por otro  
defeto, una vez borrarle  
del libro, no hay esperanza  
de que vuelva a consultarle.  
Declara que amor con ella  
no es mérito, y sólo valen,  
para obligar su albedrío,  
propias y adquiridas partes;  
de manera que ha de ser,  
quien a su gloria aspirare,  
por elección venturoso,  
y elegido por examen.

CARLOS:

¡Extraña imaginación!



MARQUÉS:  
¡Paradójico dislate!

OCHAVO:  
¡Caprichoso desatino!

CARLOS:  
(¡Ah, ingrata! ¿Qué novedades    Aparte  
inventas para ofenderme,  
y trazas para matarme?  
¿Qué me ha de valer contigo,  
si tanto amor no me vale?  
¿Posible es, crüel, que intentes,  
contra leyes naturales,  
que sin amor te merezcan  
y que sin celos te amen?)

MARQUÉS:  
Ya, con tan alta ocasión,  
imagino en los galanes  
de la corte mil mudanzas  
de costumbres y de trajes.

CARLOS:  
La fingida hipocresía,  
la industria, el cuidado, el arte  
a la verdad vencerán.  
Más valdrá quien más engañe.  
Ochavo, déjanos solos,  
que tengo un caso importante  
que tratar con el Marqués.

OCHAVO:  
Si es importante, bien haces  
en ocultarlo de mí,  
que cualquiera que fiare  
de criados su secreto,  
vendrá a arrepentirse tarde.

Vase OCHAVO

MARQUÉS:  
Cuidadoso espero ya  
lo que tenéis que tratarme.

CARLOS:

Retóricas persuasiones  
y proemios elegantes  
para pedir, son ofensas  
de las firmes amistades;  
y así, es bien que brevemente  
mi pensamiento os declare.  
De don Fernando de Herrera  
la noble y antigua sangre,  
ni puede nadie ignorarla  
ni ofenderla debe nadie;  
y el que es mi amigo, Marqués,  
no ha de decirse que hace  
sinrazón, mientras un alma  
ambos pechos informare.  
Una de tres escoged:  
o no amar a Blanca, o darle  
la mano, o dejar de ser  
mi amigo por ser su amante.

MARQUÉS:

Primero que me resuelva  
en un negocio tan grave,  
los celos de mi amistad,  
que al encuentro, Conde, salen,  
me obligan a que averigüe  
mis quejas y sus verdades.  
¿Cómo, si de ajena boca  
supistes que soy amante  
de Blanca, no tenéis celos  
de que de vos lo ocultase?

CARLOS:

Porque los cuerdos amigos  
tienen razón de quejarse  
de que la verdad les nieguen,  
mas no de que se la callen;  
y así, de vuestro silencio  
no he formado celos, antes  
os estoy agradecido,  
que presumo que el callarme  
vuestra afición fue recelo  
de que yo la reprobese,  
porque no consienten culpas  
las honradas amistades.  
Y así, Marqués, resolveos

a olvidalla o a olvidarme,  
que la razón siempre a mí  
me ha de tener de su parte.

MARQUÉS:

Puesto, Conde, que el más rudo  
el imperio de Amor sabe,  
con vos, que prudente sois,  
no trato de disculparme.  
Dar la mano a doña Blanca  
no es posible, sin que pase  
el mayorazgo que gozo  
al más cercano en mi sangre;  
que obliga de su erección  
un estatuto inviolable  
a que el sucesor elija  
esposa de su linaje.  
Yo, pues, antes de escucharos,  
viendo estas dificultades,  
procuraba ya remedios  
de olvidarla y de mudarme;  
y ha sido el mandar lo vos  
el mayor, pues es tan grande  
mi amistad, que lo imposible  
por vos me parece fácil.

CARLOS:

Supuesto que no hay finezas  
que a la vuestra se aventajen,  
os las prometo a lo menos  
mi agradecimiento iguales.  
Y adiós, Marqués, porque quiero  
dar al cuidadoso padre  
de Blanca esta feliz nueva.

MARQUÉS:

Bien podéis asegurarle  
que no hará la muerte misma  
que esta palabra os quebrante.

CARLOS:

Cuando no vuestra amistad,  
me asegura vuestra sangre.

Vanse. Salen el conde CARLOS y el conde ALBERTO,  
por una parte, y por otra el conde don JUAN

JUAN:  
¡Conde!

ALBERTO:  
¡Don Juan!

JUAN:  
Con hallaros  
en esta casa me dais  
indicios de que intentáis  
de marido examinaros.

ALBERTO:  
Dado que no tengo amor,  
por curiosidad deseo  
de este examen de himeneo  
ser también competidor.  
Mas lo que pensáis de mí  
por el lugar en que estoy,  
de vos presumiendo voy,  
pues también os hallo aquí.

JUAN: Siendo en tan alta ocasión  
de méritos la contienda,  
pienso que quien no pretenda  
perderá reputación.

Sale don GUILLÉN

GUILLÉN:  
¡Copiosa está de guerreros  
la estacada!

ALBERTO:  
¡Don Guillén!  
¿Sois opositor también?

GUILLÉN:  
Con tan nobles caballeros,  
si es que aspiráis a eligidos,  
fuerza es probar mi valor;  
que si es tal el vencedor,  
no es deshonra ser vencidos.

ALBERTO:  
¡Que en novedad tan extraña

diese la Marquesa hermosa!

GUILLÉN:

Por ella será famosa  
eternamente en España.

JUAN:

Al fin, quiere voluntades  
a la usanza de Valencia;  
que sufran la competencia  
sin celos ni enemistades.

ALBERTO:

Nueva Penélope ha sido.

Sale OCHAVO

OCHAVO:

(¡Plega a Dios no haya en la corte Aparte  
algún Ulises que corte  
en cierne tanto marido!)

JUAN:

Beltrán sale aquí.

ALBERTO:

Y él es,  
según he sido informado,  
el secretario y privado  
de la hermosa doña Inés.

OCHAVO:

Y a fe que es del tiempo vario  
efecto bien peregrino  
que, no siendo vizcaíno,  
llegase a ser secretario.

Sale BELTRÁN

BELTRÁN:

(Al cebo de doña Inés *Aparte*  
pican todos, que es gran cosa  
gozar de mujer hermosa  
y un título de marqués)

ALBERTO:

Señor Beltrán, la intención  
de la Marquesa, que ha dado,  
como a los pechos cuidado,  
a la fama admiración,  
causa el concurso que veis;  
Quiere darle un papel  
mis partes y calidades  
son éstas, y son verdades  
que presto probar podréis.

JUAN:  
Éste mis partes refiere.

Quiere darle otro papel

BELTRÁN:  
La Marquesa mi señora  
saldrá de su cuarto agora;  
que veros a todos quiere.  
A ella dad los memoriales;  
porque informarse procura  
de la voz, la compostura,  
y las partes personales  
de cada cual por sus ojos.

OCHAVO:  
Es prudencia y discreción  
no entregar por relación  
tan soberanos despojos.

BELTRÁN:  
Ella sale.

Compónense todos

OCHAVO:  
(Gusto es vellos *Aparte*  
cuidadosos y afectados,  
compuestos y mesurados,  
alzar bigotes y cuellos.  
Parécenme propriamente,  
en sus aspectos e indicios,  
los pretendientes de oficios,  
cuando ven al Presidente.  
Mas, por Dios, que es la criada  
como un oro.)

Salen Doña INÉS y MENCÍA

¡Oye, doncella!

MENCÍA:  
¿Qué quiere?

OCHAVO:  
El amor por ella  
me ha dado una virotada.

MENCÍA:  
Aun bien que hay en el lugar  
albéitares.

OCHAVO:  
Pues, traidora,  
¿tan bestia es el que te adora,  
que albéitar le ha de curar?

ALBERTO:  
Puesto que el alma confiesa  
que no hay méritos humanos  
que a los vuestros soberanos  
igualen, bella Marquesa,  
si alguno ha de poseeros,  
hacer esto es competir  
con todos, no presumir  
que he de poder mereceros;  
y a este fin he reducido  
mis partes a este papel,  
humilde como fiel.

Dale un memorial

INÉS:  
(¡Qué retórico marido!) *Aparte*  
Yo atenderé como es justo  
a vuestros méritos, Conde.

OCHAVO:  
(Como rey, por Dios, responde *Aparte*  
ella es loca de buen gusto.)

JUAN:

Yo soy, señora, don Juan  
de Guzmán. Aquí veréis

Dale un papel  
lo demás, si en mí queréis  
más partes que ser Guzmán.

INÉS:  
(¡Qué amante tan enflautado!) *Aparte*  
Yo lo veré.

OCHAVO:  
(¡Linda cosa *Aparte*  
la voz sutil y melosa  
en un hombre muy barbado!)

GUILLÉN:  
Don Guillén soy de Aragón,  
que si por amor hubiera  
de mereceros, ya fuera  
mi esperanza posesión.  
Dale un memorial  
Éste os puede referir  
mis méritos verdaderos,  
pocos para mereceros,  
muchos para competir.

INÉS:  
(¡Qué meditada oración!) *Aparte*  
Yo veré el papel.

OCHAVO:  
(¡Qué bien *Aparte*  
trajo el culto don Guillén  
la tal contraposición!)

INÉS:  
Con vuestra licencia, quiero  
retirarme.

ALBERTO:  
Loco estoy.

Vase

JUAN:



Libre vine y preso voy.

Vase

GUILLÉN:

Por vos vivo y sin vos muero.

Vase

INÉS:

Tened esos memoriales.

Dalos a BELTRÁN

Mas, ¿qué busca este mancebo?

OCHAVO:

Por ver capricho tan nuevo  
me atreví a vuestros umbrales;  
y aunque de esta mocedad  
y paradójico intento  
os alabe el pensamiento,  
tengo una dificultad,  
y es que en vuestros pretensores  
me han dicho que examináis  
lo visible, y no tratáis  
de las partes interiores,  
en que muchas veces vi  
disimulados engaños,  
que causan mayores daños  
al matrimonio; y así  
quiero saber qué invención  
o industria pensáis tener,  
o qué examen ha de haber  
para su averiguación.

INÉS:

¿No hay remedio?

OCHAVO:

Uno de dos  
en dificultad tan nueva:  
recibir la causa a prueba,  
o encomendárselo a Dios.

INÉS:

De buen gusto es la advertencia.  
¿Queréis otra cosa aquí?

OCHAVO:

Un nuevo amante, por mí,  
Marquesa, os pide licencia  
para veros e informaros  
de sus méritos; que puesto  
que a todos la dáis, en esto  
quiere también obligaros.

INÉS:

¿Quién es?

OCHAVO:

Señora, el Marqués  
vuestro deudo.

INÉS:

Ya ha ofendido  
su valor, pues ha pedido  
lo que a todos común es.

OCHAVO:

Tiene el ser desconfiado  
de discreto; y le parece,  
Marquesa, que aun no merece  
ser de vos examinado.

INÉS:

Pues yo no sólo le doy  
licencia, pero juzgara  
por agravio que no honrara  
el examen.

OCHAVO:

Pues yo voy  
con nueva tan venturosa;  
y tanto vos lo seáis,  
pues cual sabía examináis,  
que no elijáis como hermosa.

Vanse doña INÉS y BELTRÁN

Y tú, enemiga, haz también  
un examen; y si acaso

te merezco, pues me abraso,  
trueca en favor el desdén.

MENCÍA:  
¿Bebe?

OCHAVO:  
Bebo.

MENCÍA:  
¿Vino?

OCHAVO:  
Puro.

MENCÍA:  
Pues ya queda reprobado;  
que yo quiero esposo aguado.

Vase

OCHAVO:  
¡Escucha! En vano procuro  
detenerla. ¡Bueno quedo!  
¡Vive Dios, que estoy herido!  
Pero si mi culpa ha sido  
beberlo puro, bien puedo  
no quedar desesperado.  
Aguado soy, que aunque puro  
siempre beberlo procuro,  
siempre al fin lo bebo aguado,  
pues todo, por nuestro mal,  
antes de salir del cuero,  
en el Adán tabernero  
peca en agua original.

Vase. Salen doña BLANCA Y CLAVELA con mantos

CLAVELA:  
Pienso que no te está bien  
mostrar al Marqués amor,  
porque es la contra mejor,  
de un desdén, otro desdén.  
Si su mudanza recelas,  
tu firmeza te destruye,  
porque al amante que huye,

seguirle es ponerle espuelas.

BLANCA:

Ya que pierdo la esperanza  
que tan segura tenía,  
saber al menos querría  
la ocasión de su mudanza;  
y por esto le he citado,  
sin declararle quién soy,  
para el sitio donde estoy.

CLAVELA:

Él vendrá bien descuidado  
de que eres tú quien le llama.

Salen el MARQUÉS y OCHAVO, por otra  
parte

OCHAVO:

Su hermosura y su intención  
son tan nuevas, que ya son  
la fábula de la Fama;  
y al fin, no sólo te ha dado  
la licencia que has pedido,  
pero se hubiera ofendido  
de que no hubieras honrado  
el concurso generoso  
que al examen se le ofrece.

MARQUÉS:

Locura, por Dios, parece  
su intento; mas ya es forzoso  
seguir a todos en eso.

OCHAVO:

Un aguacero cayó  
en un lugar, que privó  
a cuantos mojó, de seso;  
y un sabio, que por ventura  
se escapó del aguacero,  
viendo que al lugar entero  
era común la locura,  
mojóse y enloqueció,  
diciendo, "En esto, ¿qué pierdo?  
Aquí, donde nadie es cuerdo,  
¿para qué he de serio yo?"

Así agora no se excusa,  
supuesto que a todos ves  
examinarse, que des  
en seguir lo que se usa.

MARQUÉS:

Bien dices, que era el no hacerlo  
dar al mundo qué decir.  
Pero quiérote advertir  
de que nadie ha de entenderlo  
hasta salir vencedor;  
porque si quedo vencido,  
no quiero quedar corrido.

OCHAVO:

Mármol soy.

MARQUÉS:

Este temor  
me obliga así a recatar,  
aunque mi pecho confía  
que doña Inés será mía  
si me llego a examinar.

BLANCA:

¿Que doña Inés será vuestra,  
si a examinaros llegáis?

MARQUÉS:

¡Oh Blanca! ¿Vos me escucháis?

BLANCA:

Quien tanta inconstancia muestra  
como vos, ¿tiene esperanza  
de que saldrá vencedor,  
siendo el defecto mayor  
en un hombre la mudanza?  
¿De qué os admiráis? Yo fui,  
yo fui la que os he llamado,  
viendo que con tal cuidado  
andáis huyendo de mí,  
para saber la ocasión  
que os he dado, o vos tomáis,  
para que así me rompáis  
tan precisa obligación;  
y de vuestros mismos labios,

antes que os la preguntara,  
quiso el cielo que escuchara  
la ocasión de mis agravios.

MARQUÉS:

Blanca, no te desenfrenes;  
escucha atenta primero  
mi disculpa, y después quiero  
que, si es razón, me condenes.  
Cuando empezó mi deseo  
a mostrar que en ti vivía,  
ni aun la esperanza tenía  
del estado que hoy poseo.  
Entonces tú, como a pobre,  
te mostraste siempre dura;  
que el oro de tu hermosura  
no se dignaba del cobre.  
Heredé por suerte; y luego,  
o fuese ambición o amor,  
mostraste a mi ciego ardor  
correspondencias de fuego.  
Mas la herencia, que la gloria  
me dio de tu vencimiento,  
fue también impedimento  
para gozar la vitoria;  
porque estoy, Blanca, obligado  
a dar la mano a mujer  
de mi linaje, o perder  
la posesión del estado.  
Esta ocasión me desvía  
de ti pues, según arguyo,  
ni rico puedo ser tuyo,  
ni pobre quieres ser mía.  
Perdida, pues, tu esperanza,  
si otra doy en celebrar,  
es divertirme, no amar;  
es remedio, no mudanza.  
Así que, a no poder más,  
mudo intento; si pudieres,  
haz lo mismo; que si quieres,  
mujer eres, y podrás.

Vase

BLANCA:

¡Oye!

CLAVELA:

Alas lleva en los pies.

OCHAVO:

(¡Cielos, haced que algún día *Aparte*  
pueda yo hacer con Mencía  
lo que con Blanca el Marqués!)

Vase

BLANCA:

Desesperada esperanza,  
el loco intento mudad,  
y de ofendida apelad  
del amor a la venganza.  
¡Por los cielos, inconstante,  
ya que tu agravio me obliga,  
que has de llorarme enemiga,  
pues no me estimas amante!  
¡A tus gustos, tus intentos,  
tus fines, me he de oponer!  
¡Seré verdugo al nacer  
de tus mismos pensamientos!

CLAVELA:

De cólera estás perdida;  
loca te tiene el despecho.

BLANCA:

¡Sierpes apacienta el pecho  
de una mujer ofendida!

Vanse. Sale el conde don JUAN

JUAN:

De tus ojos salgo ciego  
y abrasado, Inés hermosa,  
cual la incauta mariposa  
busca luz y encuentra fuego.

Sale el conde CARLOS

CARLOS:

(¿Aquí está el conde don Juan? *Aparte*  
¡Todo el infierno arde en mí!)

Conde, de hallaros aquí  
ciertas sospechas me dan  
de que pretendéis entrar  
en el examen.

JUAN:

Pues ¿quién  
no aspira a tan alto bien,  
sí méritos lo han de dar?

CARLOS:

Quien supiere que a la bella  
Inés ha un siglo que quiere  
Carlos.

JUAN:

Si quien lo supiere,  
Conde, no ha de pretendella,  
de esa obligación me hallo  
con justa causa excluido,  
porque nunca lo he sabido.

CARLOS:

¿No basta, pues, escuchallo  
aquí de mí, si hasta agora  
la he servido con secreto,  
justo y forzoso respeto  
del que estima a la que adora?

JUAN:

No basta a quien se ha empeñado  
sin saberlo: a no empezar  
podéis con eso obligar;  
mas no a dejar lo empezado.

CARLOS:

Esta espada sabrá hacer  
que sobre decirlo yo  
para dejarlo.

JUAN:

Y que no  
ésta sabrá defender;  
y esto en el campo, no aquí;  
que es sagrado este lugar.



CARLOS:

Allá os espero mostrar  
el valor que vive en mí.

Sale doña INÉS

INÉS:

¿Qué es esto? Conde don Juan,  
conde Carlos, ¿dónde vais?

CARLOS:

Solamente a que entendáis  
los excesos a que dan  
ocasión vuestros antojos.  
Venid.

JUAN:

Vamos.

INÉS:

¡Deteneos,  
que mal logrará deseos  
quien obliga con enojos!  
Sabiendo que es lo primero  
que he advertido en este examen  
que no ha de entrar en certamen  
quien por mí saque el acero,  
¿cómo aquí con ofenderme,  
queréis los dos obligarme,  
pues que pretendéis ganarme  
con el medio de perderme?  
El fin de esta pretensión  
¿consiste en vuestro albedrío?  
¿Es vuestro gusto, o el mío,  
quien ha de hacer la elección?  
Sufra, pues, quien alcanzarme  
procure, la competencia,  
o confiese en mi presencia  
que no pretende obligarme.

JUAN:

No hay más ley que vuestro gusto  
para mi abrasado pecho.

CARLOS:

Y yo, Inés, aunque a despecho

de un agravio tan injusto  
como recibo de vos,  
me dispongo a obedeceros.

INÉS:

De no sacar los aceros  
me dad palabra los dos.

CARLOS:

Yo por serviros la doy.

JUAN:

Yo la doy por obligaros;  
que a morir, por no enojaros,  
dispuesto, señora, estoy.

Vase el conde don JUAN

CARLOS:

¡Ah, Marquesa! ¡A Dios pluguiera,  
pues os cansa el amor mío,  
fuese mío mi albedrío  
para que no os ofendiera!  
¡Pluguiera a Dios que pudiera  
poner freno a mis pasiones  
el ver vuestras sinrazones!  
Que cuando el amor es furia,  
los golpes que da la injuria  
rematan más las prisiones.  
Apaga el cierzo violento  
llama que empieza a nacer;  
mas en llegando a crecer,  
le aumenta fuerzas el viento.  
Ya estaba en mi pensamiento  
apoderado el furor  
de vuestro amoroso ardor;  
y a quien llega a estar tan ciego,  
cada agravio da más fuego,  
cada desdén, más amor.

INÉS:

Basta, Conde; que llenáis  
de vanas quejas el viento,  
si de vuestro sentimiento  
la ocasión no declararéis.  
¿De qué agravios me acusáis?

CARLOS:

El preguntarlo es mayor  
ofensa y nuevo rigor,  
pues para que os disculpéis  
de vuestro error, os hacéis  
ignorante de mi amor.  
¿Podéisme negar acaso  
que dos veces cubrió el suelo  
tierna flor y duro hielo  
después que por vos me abraso?  
El fiero dolor que paso  
por vuestros ricos despojos,  
aunque a encubrir mis enojos  
el recato me ha obligado,  
¿no os lo ha dicho mi cuidado  
con la lengua de mis ojos?  
¿No han sido mi claro oriente  
vuestros balcones, y han visto  
que ha dos arios que conquisto  
su hielo con fuego ardiente?  
Si os amé tan cautamente,  
que apenas habéis sabido  
vos misma que os he querido,  
ésa es fineza mayor,  
pues, muriendo, vuestro honor  
a mi vida he preferido.  
Pues cuando, tras esto, dais  
licencia a nuevos cuidados,  
para ser examinados  
porque el más digno elijáis,  
¿cómo, decid, preguntáis  
a un despreciado y celoso  
de qué se muestra quejoso?  
Cuando por amante no,  
por mí ¿no merezco yo  
ser con vos más venturoso?

INÉS:

Negarlo fuera ofenderos;  
pero vos me disculpáis,  
y con lo que me acusáis  
pienso yo satisfaceros.  
Si entre tantos caballeros  
como al examen se ofrecen  
vuestras partes os parecen

dignas de ser preferidas,  
ellas serán elegidas,  
si más que todas merecen.  
Mas si acaso el propio amor  
os engaña, y otro amante,  
aunque menos arrogante,  
en partes es superior,  
ni es ofensa ni es error,  
si en mi provecho me agrada,  
de vuestro daño olvidada,  
que el que es más digno me venza;  
que de sí misma comienza  
la caridad ordenada.

CARLOS:

Y de amar vuestra beldad  
¿cuáles los méritos son?

INÉS:

Amar por inclinación  
es propia comodidad.  
Si presa la voluntad  
del deseo, se fatiga  
porque el deleite consiga,  
del bien que pretende nace;  
y quien su negocio hace,  
a nadie con él obliga.  
Demás que, si amarme fuera  
conmigo merecimiento,  
no sólo vuestro tormento  
obligada me tuviera;  
que no tantos en la esfera  
leves átomos se miran,  
ni en cuanto los rayos giran  
del sol claro arenas doran,  
cuantos más que vos me adoran,  
que menos que vos suspiran.  
Pero, supuesto que amarme  
no me obliga, imaginad  
que cumplir mi voluntad  
es el modo de obligarme.  
El más digno ha de alcanzarme;  
si vuestros méritos claros  
esperan aventajaros,  
en obligación me estáis,  
pues por una que intentáis,

dos vitorias quiero daros.  
Corta hazaña es por amor  
conquistar una mujer;  
ilustre vitoria es ser  
por méritos vencedor.  
De mí os ha de hacer señor  
la elección, no la ventura.  
Si no os parece cordura  
el nuevo intento que veis,  
al menos no negaréis  
que es de honrada esta locura.

CARLOS:

En fin, ¿que en vano porfío  
disuadiros ese intento?

INÉS:

Antes que mi pensamiento,  
se mudará el norte frío.

CARLOS:

Pues yo de todos confío  
ser por partes vencedor;  
mas ved que en tan ciego amor  
mis sentidos abrasáis,  
que si en la elección erráis,  
no he de sufrir el error.  
Mirad cómo os resolvéis,  
y advertid bien, si a mí no,  
que merezca más que yo  
a quien vuestra mano deis;  
pues como vos proponéis  
que vencer, para venceros,  
tantos nobles caballeros,  
son dos tan altas vitorias,  
son dos afrentas notorias  
las que recibo en perderos.  
Yo entrenaré mi pasión  
si es más digno el más dichoso,  
obediente al imperioso  
dictamen de la razón;  
pero siendo en la elección  
vos errada y yo ofendido,  
¡vive Dios que al preferido  
ha de hacer mi furia ardiente  
teatro de delincuente

deL tálamo de marido!

INÉS:

Pensad que si no vencéis,  
no habéis de quedar quejoso;  
que será tal, el dichoso,  
que vos mismo lo aprobéis.

CARLOS:

Cumplid lo que prometéis.

INÉS:

Tal examen he de hacer,  
que a todos dé, al escoger,  
qué envidiar, no qué culpar.

CARLOS:

Pues, Inés, a examinar.

INÉS:

Pues, Carlos, a merecer.

Fin del Acto Primero

## ACTO SEGUNDO

Salen BLANCA: y CLAVELA: con mantos

BLANCA:

Yo la he de ver, y estorbar  
cuanto pueda su esperanza;  
que el amor pide venganza  
si llega a desesperar;  
y pues no me vio jamás  
la Marquesa, cierta voy  
de que no sabrá quién soy.

CLAVELA:

Resuelta, señora, estás,  
y no quiero aconsejarte.

BLANCA:

Ella sale.

CLAVELA:

Hermosa es:  
con razón la luz que ves  
puede en celos abrasarte.

BLANCA:

Cúbrete el rostro, y advierte  
que los enredos que emprendo  
van perdidos, en pudiendo  
este viejo conocerte.

Salen INÉS y BELTRÁN

BELTRÁN:

Ya del marqués don Fadrique  
el memorial he pasado;  
y si verdad ha informado,  
no dudo que se publique  
por su parte la vitoria.

INÉS:

Pues, Beltrán, con brevedad  
de lo cierto os informad,  
porque es ventaja notoria  
la que en sus méritos veo,  
y si verdaderos son,  
mi sangre o mi inclinación  
facilitan su deseo.

BELTRÁN:

Él es tu deudo; y, por Dios,  
que fuera bien que se unieran  
vuestras dos casas, e hicieran  
un rico estado los dos.

Doña BLANCA habla aparte con CLAVELA

BLANCA:

Primero el fin de tus años,  
caduco enemigo, veas.

CLAVELA:

La ocasión es que desees.

BLANCA:

Comiencen, pues, mis engaños,  
y advierte bien el rodeo  
con que mi industria la obliga  
a rogarme que la diga  
lo que decirle deseo.

Alto

No vengo a mala ocasión,  
cuando de bodas tratáis,  
pues feliz anuncio dais  
con eso a mi pretensión.

INÉS:  
¿Quién sois y qué pretendéis?

BLANCA:  
Soy, señora, una criada  
de una mujer desdichada,  
que por dicha conocéis.  
Lo que pretendo es mostraros  
joyas de hechura y valor,  
con que pueda el resplandor  
del mismo sol envidiaros.  
Tratado su casamiento,  
las previno mi señora;  
y habiendo perdido agora,  
con la esperanza, el intento  
de ese estado, determina  
tomar el de religión;  
y viendo que la ocasión  
de casaros se avecina,  
según publica la fama,  
me mandó que os las trajese,  
porque, si entre ellas hubiese  
alguna que de tal dama  
mereciese por ventura  
ser para suya estimada,  
por el valor apreciada,  
aunque pierda de la hechura  
mucha parte, la compréis.

INÉS:  
Las joyas, pues, me mostrad.

Saca una cajeta de joyas



BLANCA:  
Su curiosa novedad  
pienso que codiciaréis.  
De diamantes jaquelados  
es ésta.

INÉS:  
No he visto yo  
mejor cosa.

BLANCA:  
Ésa costó  
mil y quinientos ducados.  
Pero ved estos diamantes  
al tope.

INÉS:  
La joya es bella:  
el cielo no tiene estrella  
que dé rayos más brillantes.

BLANCA:  
Con más razón esta rosa,  
esmaltada en limpio acero,  
compararéis al lucero.

INÉS:  
Venus es menos hermosa.  
Quien tales joyas alcanza  
muy rica debe de ser.

BLANCA:  
Tanto, que por no perder  
de una mano la esperanza,  
las diera en albricias todas;  
y sé que le pareciera  
corto exceso a quien supiera  
con quién trataba sus bodas.  
Mas son pláticas perdidas.  
De lo que importa tratemos.

CLAVELA:  
(¡Por qué sutiles extremos *Aparte*  
busca el medio a sus heridas!)

INÉS:

Ya de curiosa me incito  
a saber quién fue el ingrato;  
que vuestro mismo recato  
me despierta el apetito.

CLAVELA:

(Ya están conformes las dos.) *Aparte*

BLANCA:

Si saberlo os importara,  
Marquesa hermosa, fiara  
más graves cosas de vos.

INÉS:

A quien trata de casarse  
y a quien, como ya sabréis,  
hace el examen que veis,  
temerosa de emplearse  
en quien, como el escarmiento  
lo ha mostrado, si se arroja,  
a la vuelta de la hoja  
halle el arrepentimiento,  
¿no importa saber con quién  
quiso esa dama casarse,  
y para no efetiarse  
la causa que hubo también?  
Si, como me certifica  
vuestra misma lengua agora,  
la que tenéis por señora  
es tan principal y rica,  
¿presumís que entre los buenos  
que opuestos agora están  
a mi mano, ese galán  
que ella quiso valga menos?  
¿Quién duda sino que está  
a este mi examen propuesto  
él también? Pues, según esto,  
no poco me importará  
saber quién fue, y cuál ha sido  
tan poderosa ocasión  
que el efeto a la afición  
de esa dama haya impedido.  
Decídmelo, por mi vida,  
y fiad que me tendréis,  
si esta lisonja me hacéis,

mientras viva, agradecida.

BLANCA:

Si he de hacerlo, habéis de dar  
la palabra de; secreto.

INÉS:

Como quien soy lo prometo.

BLANCA:

Solas hemos de quedar.

A BELTRÁN

INÉS:

Dejadnos solas.

BELTRÁN:

(Quien fía *Aparte*  
secretos a una mujer  
con red intenta prender  
las aguas que el Nilo envía.)

A CLAVELA

BLANCA:

La industria verás agora  
con que la obligo a querer  
al Conde, y a aborrecer  
al Marqués, si ya lo adora.)

Vase BELTRÁN y habla desde el paño

BELTRÁN:

Pues nada encubre de mí,  
los secretos que después  
me ha de contar Doña Inés  
quiero escuchar desde aquí.)

INÉS:

Ya estamos solas.

BLANCA:

Marquesa,  
a quien haga más dichosa  
el cielo que a la infeliz

de quien refiero la historia,  
sabed que ese Conde Carlos,  
ése cuya fama asombra  
con los rayos de su espada  
las regiones más remotas,  
ese Narciso en la paz,  
que por sus partes hermosas  
es de todos envidiado,  
como adorado de todas,  
en esta dama, de quien  
oculta el nombre mi boca,  
por obedecerla a ella  
y porque a vos no os importa,  
puso, más ha de tres años,  
la dulce vista engañosa,  
pues a sus mudas palabras  
no corresponden las obras.  
Miró, sirvió y obligó,  
porque son muy poderosas  
diligencias sobre partes,  
que solas por sí enamoran.  
Al fin, en amor iguales  
y en méritos, se conforman,  
que si él es galán Adonis,  
es ella Venus hermosa;  
y porque a penas ardientes  
dichoso término pongan,  
declarados sus intentos,  
alegres tratan sus bodas.  
Entonces ella previno  
éstas y otras ricas joyas,  
como hermosas desdichadas,  
malquistas como curiosas;  
y cuando ya de Himeneo  
el nupcial coturno adorna  
el pie, y en la mano Juno  
muestra la encendida antorcha;  
cuando ya, ya al dulce efeto  
falta la palabra sola  
que eternas obligaciones  
en breve sílaba otorga,  
al Conde le sobrevino  
una fiebre, si engañosa,  
su mudanza lo publica,  
su ingratitude lo pregona;  
pues desde entonces, fingiendo

ocasiones dilatorias,  
descuidadas remisiones  
y tibiezas cuidadosas,  
vino por claros indicios  
a conocerse que sola  
su mudada voluntad  
los desposorios estorba.  
Ella, del desdén sentida  
y de la afrenta rabiosa,  
pues hechos ya los conciertos,  
quien se retira deshonra,  
llegó por cautas espías  
a saber que el Conde adora  
otra más dichosa dama;  
no sé yo si más hermosa,  
porque con tanto secreto  
su nuevo dueño enamora,  
que viendo todos la flecha,  
no hay quien la aljaba conozca.  
Con esto, su cuerdo padre,  
por consolar sus congojas,  
a las bodas del Marqués  
don Fadrique la conhorta;  
mas cuando de su nobleza  
y de sus partes heroicas  
iban nuevas impresiones  
borrando antiguas memorias,  
vino a saber del Marqués  
ciertas faltas mi señora,  
para en marido insufribles,  
para en galán fastidiosas;  
y aunque parezca indecente  
el referirlas mi boca,  
y esté, de que han de ofenderos  
los oídos, temerosa,  
el secreto y el deseo  
de serviros, y estar solas  
aquí las tres, da disculpa  
a mi lengua licenciosa.  
Tiene el Marqués una fuente,  
remedio que necios toman,  
pues para sanar enferman,  
y curan una con otra.  
Tras esto, es fama también  
que su mal aliento enoja,  
y fastidia más de cerca

que él de lejos enamora;  
y afirman los que le tratan  
que es libre y es jactancioso  
su lengua, y jamás se ha visto  
una verdad en su boca.

Pues como en el verde abril  
marchita el helado Bóreas  
las flores recién nacidas,  
las recién formadas hojas,  
así mí dueño, al instante  
que de estas faltas la informan,  
del amor en embrión  
el nuevo concepto aborta;  
y con la misma violencia  
que al arco la cuerda torna,  
cuando, de membrado brazo  
disparada, el viento azota,  
de su Conde Carlos vuelve  
a abrasarse en las memorias,  
sus perfecciones estima  
y sus desdenes adora.

Mas viendo, al fin, su deseo  
imposible la vitoria,  
pues son, cuando amor declina,  
las diligencias dañosas,  
despechada, muda intento,  
y la deseada gloria  
que no ha merecido deja  
a otra mano más dichosa;  
pues podrá quien goce al Conde  
alabarse de que goza  
el marido más bizarro  
que ha celebrado la Europa.

INÉS:

Cuanto puedo os agradezco  
la relación de la historia;  
y a fe que me ha enternecido  
la tragedia lastimosa  
que en sus amantes deseos  
ha tenido esa señora.

BLANCA:

Tenéis, al fin, sangre noble.  
Mas, ¿qué decís de las joyas?

INÉS:

Que me agradan, mas quisiera,  
para tratar de la compra,  
que un oficial las aprecie.

BLANCA:

No puedo aguardar agora;  
si gustáis, volveré a veros.

INÉS:

Será para mí lisonja;  
que vos no me enamoráis  
menos que ellas me aficionan.

BLANCA:

A veros vendré mil veces,  
por ser mil veces dichosa.

Aparte doña BLANCA y CLAVELA

CLAVELA:

Bien se ordena tu venganza.

BLANCA:

Ya he sembrado la discordia.  
Pues soy despreciada Juno,  
¡muera Paris y arda Troya!

Vanse las dos

INÉS:

¡Hola Beltrán!

BELTRÁN:

¿Qué me quieres,  
señora?

INÉS:

Al punto partid,  
y con recato seguid,  
Beltrán, esas dos mujeres.  
Sabed su casa, y de suerte  
el seguirlas ha de ser,  
que ellas no lo han de entender.

BELTRÁN:

Voy, señora, a obedecerte;  
y fía de mi cuidado  
que lo que te han referido  
averigüe; que escondido  
su relación he escuchado.

Vase

INÉS:

Hasta agora, ciego Amor,  
libre entendí que vivía.  
Ni tus prisiones sentía,  
ni me inquietaba tu ardor.  
Pero ya, ¡triste!, presumo  
que la libertad perdí;  
que el fuego escondido en mí  
se conoce por el humo.  
Causóme pena escuchar  
los defetos del Marqués,  
y de amor sin duda es  
claro indicio este pesar.  
Cierto está que es de quererle  
este efeto, pues sentí  
las faltas que dél oí  
como ocasión de perderle.  
Presto he pagado el delito  
de seguir mi inclinación  
y de hacer en la elección  
consejero al apetito.  
No más Amor; que no es justo  
tras tal escarmiento errar;  
esposo, al fin, me ha de dar  
el examen, y no el gusto.

Sale el MARQUÉS

MARQUÉS:

(Corazón, ¿de qué os turbáis? *Aparte*

¿Qué alboroto, qué temor  
os ocupa? Ya de amor  
señales notorias dais.  
¿Quién creyera tal mudanza?  
Pero, ¿quién no la creyera,  
si la nueva causa viera  
de mi dichosa esperanza?  
Perdona, Blanca, si sientes



ver que a nueva gloria aspiro;  
que en Inés ventajas miro,  
y en ti miro inconvenientes.)  
Mi dicha, Marquesa hermosa,  
ostenta ya, con entrar  
a veros sin avisar,  
licencias de vitoriosa;  
que le ha dado a mi esperanza,  
para tan osado intento,  
el amar, atrevimiento,  
y el merecer, confianza.

INÉS:

(Ya empiezo a verificar *Aparte*  
los defetos que he escuchado,  
pues a hablar no ha comenzado,  
y ya se empieza a alabar.)  
Mirad que no es de prudentes  
la propria satisfacción,  
y más donde tantos son  
de mi mano pretendientes;  
y quien con tal osadía  
presume, o es muy perfeto,  
o si tiene algún defeto,  
en que es oculto se fia;  
y es acción poco discreta  
estar en eso fiado,  
que a la envidia y al cuidado,  
Marqués, no hay cosa secreta.

MARQUÉS:

Bien me puede haber mentido  
mi proprio amor lisonjero;  
pero yo mismo, primero  
que fuese tan atrevido,  
me examiné con rigor  
de enemigo, y he juzgado  
que puede estar confiado,  
más que el de todos, mi amor.  
De mi sangre no podéis  
negarme, Inés, que confía  
con causa, pues es la mía  
la misma que vos tenéis.  
De mi persona y mi edad,  
si pesa a mis enemigos,  
vuestros ojos son testigos.

No mendigáis la verdad.  
En la hacienda y el estado  
ilustre en que he sucedido,  
de ninguno soy vencido,  
si soy de alguno igualado.  
Mis costumbres, yo no digo  
que son santas, mas al menos  
son tales, que los más buenos  
me procuran por amigo.  
De mi ingenio no publica  
mi lengua la estimación;  
dígalo la emulación,  
que ofendiendo califica.  
Pues en gracias naturales  
y adquiridas, decir puedo  
que los pocos que no excedo  
se jactan de serme iguales.  
En las armas sabe el mundo  
mi destreza y mi pujanza.  
Hable el segundo Carranza,  
el Narváez sin segundo.  
Si canto, suspendo el viento;  
si danzo, cada mudanza  
hace, para su alabanza,  
corto el encarecimiento.  
Nadie es más airoso a pie;  
que, puesto que del andar  
es contrapunto el danzar,  
por consecuencia se ve,  
si en contrapunto soy diestro,  
que lo seré en canto llano.  
Pues a caballo, no en vano  
me conocen por maestro  
de ambas sillas los más sabios,  
pues al más zaino animal  
trueco en sujeción leal  
los indómitos resabios.  
En los toros, ¿quién ha sido  
a esperar más reportado?  
¿Quién a herir más acertado,  
y a embestir más atrevido?  
¿A cuántos, ya que el rejón  
rompí y empuñé la espada,  
partí de una cuchillada  
por la cruz el corazón?  
Tras esto, de que la fama,

como sabéis, es testigo,  
sé callar al más amigo  
mis secretos y mi dama,  
y soy--que esto es lo más nuevo  
en los de mi calidad--  
amigo de la verdad  
y de pagar lo que debo.  
Ved, pues, señora, si puedo  
con segura presunción  
perder en mi pretensión  
a mis contrarios el miedo.

INÉS:

(¡Qué altivo y presuntuoso! *Aparte*  
¡Qué confiado y lozano  
os mostráis, Marqués! No en vano  
dicen que sois jactancioso.)  
Bien fundan sus esperanzas  
vuestros nobles pensamientos  
en tantos merecimientos;  
mas a vuestras alabanzas  
y a las partes que alegáis,  
hallo una falta, Marqués,  
que no negaréis.

MARQUÉS:

¿Cuál es?

INÉS:

Ser vos quien las publicáis.

MARQUÉS:

Regla es que en la propia boca  
la alabanza se envilece;  
mas aquí excepción padece,  
pues a quien se opone toca  
sus méritos publicar,  
por costumbre permitida;  
que mal, si sois pretendida  
de tantos, puedo esperar  
que los mismos, que atrevidos  
a vuestra gloria se oponen,  
mis calidades pregonen,  
si está en eso ser vencidos.  
Decirlas yo es proponer,  
es relación, no alabanza;

alegación, no probanza,  
que ésa vos la habéis de hacer.  
Hacelda; y si fuere ajeno  
un punto de la verdad,  
a perder vuestra beldad  
desde agora me condeno.

INÉS:  
Mucho os habéis arrojado.

MARQUÉS:  
La verdad es quien me alienta.

INÉS:  
(¿Cómo puede ser que mienta *Aparte*  
quien habla tan confiado?  
¡Cielos santos! ¿Es posible  
que tales faltas esconda  
tal talle, y no corresponda  
lo secreto a lo visible?)  
Tales los méritos son  
que alegáis vos, y yo veo,  
que sí, como ya deseo  
y espero, la relación  
verifica la probanza  
que rigurosa he de hacer,  
desde aquí os doy de vencer  
seguridad, no esperanza;  
porque inclinada me siento,  
si os digo verdad, Marqués,  
a vuestra persona.

MARQUÉS:  
Ése es  
mi mayor merecimiento.  
¿Qué más plena información  
de méritos puedo hacer,  
señora, que merecer  
tan divina inclinación?  
Si en ése que tú me das,  
Marquesa, a todos excedo,  
está cierta que no puedo  
ser vencido en los demás.

Sale BELTRÁN

BELTRÁN:

Llegada es ya la ocasión  
en que es forzoso probarlos.

MARQUÉS:

Beltrán, ¿cómo?

BELTRÁN:

El Conde Carlos,  
con la misma pretensión,  
ha publicado, en servicio  
de la Marquesa, un cartel,  
y desafía por él  
a todo ilustre ejercicio  
de letras y armas a cuantos  
al examen se han opuesto.

MARQUÉS:

(¡El Conde! ¡Cielos! ¿Qué es esto? *Aparte*

El Conde sólo, entre tantos  
amantes, basta conmigo  
a obligarme a desistir;  
que no es justo competir  
con tan verdadero amigo.  
Mas ya por opositor  
al examen me he ofrecido,  
y nadie creerá que ha sido  
la amistad, sino el temor,  
el que muda mi intención.  
Pues, amigo, perdonad,  
si prefiero a la amistad  
las aras de la opinión.)

INÉS:

Marqués, parece que os pesa  
y que os han arrepentido  
las nuevas que habéis oído.

MARQUÉS:

Lo dicho, dicho, Marquesa.  
La suspensión que habéis visto  
nació de que amigo soy  
del Conde; mas ya que estoy  
declarado, si desisto,  
lo podrá la emulación  
a temor atribuir;

y es forzoso preferir  
a la amistad la opinión;  
demás que vuestra beldad  
es mi disculpa mayor,  
si por las leyes de amor  
quebranto las de amistad.

INÉS:

Pues bien es que comencéis  
a vencer, yo a examinar;  
aunque no pienso buscar,  
si al Conde Carlos vencéis,  
otra probanza mayor.

MARQUÉS:

Si vos estáis de mi parte,  
ni temo en la guerra a Marte,  
ni en la paz al dios de amor.

Habla aparte a BELTRÁN

INÉS:

¿Habéis sabido, Beltrán,  
la casa?

BELTRÁN:

Ya la he sabido.

INÉS:

¡Oh, cielos! ¡Hayan mentido  
nuevas que tan mal me están!  
¡Que las señales desmienten  
defetos tan desiguales!

BELTRÁN: No des crédito a señales,  
si las de; Marqués te mienten.

Vanse

MARQUÉS:

¿De una vista, niño ciego,  
dejas un alma rendida?  
¿De una flecha, tanta herida  
y de un rayo, tanto fuego?  
¡Loco estoy! Ni resistir  
ni desistir puedo ya;  
todo mi remedio está

sólo en vencer o morir.

Sale el conde CARLOS

CARLOS:

Marqués amigo, ¿sabéis  
el cartel que he publicado?

MARQUÉS:

Y me cuesta más cuidado  
del que imaginar podéis.

CARLOS:

¿Por qué?

MARQUÉS:

En vuestro desafío  
tenéis por opositor  
a vuestro amigo el mayor.

CARLOS:

El mayor amigo mío  
sois vos, Marqués.

MARQUÉS:

Pues yo soy.

CARLOS:

¿Qué decís?

MARQUÉS:

Cuanto me pesa  
sabe Dios. Con la Marquesa  
declarado, Conde, estoy;  
después de estarlo he tenido  
nuevas de vuestra intención;  
si, salvando mi opinión  
y sin que entiendan que ha sido  
el desistir cobardía,  
puedo hacerlo, vos el modo  
trazad, pues siempre es en todo  
vuestra voluntad la mía;  
que, pues por vos he olvidado,  
tras de dos años de amor,  
a doña Blanca, mejor  
de este tan nuevo cuidado

se libraré el alma mía;  
aunque, si el pecho os confiesa  
lo que siente, la Marquesa  
ha encendido en sólo un día  
más fuego en mi corazón  
que doña Blanca en dos años.  
Mas libradme de los daños  
que amenazan mi opinión  
si desisto de este intento,  
y veréis si mi amistad  
tropieza en dificultad  
o repara en sentimiento.

CARLOS:

Culpados somos los dos,  
Marqués, igualmente aquí;  
que el recataros de mí  
y el recatarme de vos  
en esto, nos ha traído  
a lance tan apretado;  
que uno y otro está obligado  
a acabar lo que ha emprendido.

MARQUÉS:

Yo no soy culpado en eso;  
que no quise publicar  
mi intento por no quedar  
corrido de mal suceso;  
y con esta prevención,  
que pienso que fue prudente,  
a doña Inés solamente  
declaré mi pretensión.  
Y sabe Dios que mi intento  
fue quererme divertir  
de doña Blanca y cumplir  
vuestro justo mandamiento.  
Y el cielo, Conde, es testigo  
que, aunque en el punto que vi  
a la Marquesa perdí  
la libertad, fue conmigo  
de tanto efecto el oír  
que érades también su amante,  
que de mi intento al instante  
determiné desistir;  
mas ella, que no confía  
tanto de humana amistad,



lo que fue fidelidad  
atribuyó a cobardía;  
y ésta es precisa ocasión  
de proseguir: que si es justo,  
Conde, preferir al gusto  
la amistad, no a la opinión.

CARLOS:

Con lo que os ha disculpado  
me disculpo: yo, ignorante  
de que fuédeses su amante,  
el cartel he publicado.  
No puedo con opinión  
de este empeño desistir;  
que no lo ha de atribuir  
a amistad la emulación.

MARQUÉS:

Eso supuesto, mirad,  
Conde, lo que hemos de hacer.

CARLOS:

Competir, sin ofender  
las leyes de la amistad.

MARQUÉS:

Tened de mí confianza,  
que siempre seré el que fui.

Vase

CARLOS:

Y fiad que no haga de mí  
la competencia mudanza.  
¿Cuándo, ingrata doña Inés,  
ha de cesar tu crueldad?  
Cuando ya, por mi amistad,  
mudaba intento el Marqués,  
¿le obligaste al desafío,  
por darme pena mayor?  
¿Qué le queda a tu rigor  
que emprender en daño mío?

Sale BELTRÁN

BELTRÁN:

¡Famoso Conde!

CARLOS:

¡Beltrán!

¿Qué hay del examen?

BELTRÁN:

Señor,

hoy de todo pretensor

los méritos se verán.

CARLOS:

¿Qué ha sentido la Marquesa  
del cartel que he publicado?

BELTRÁN:

La gentileza ha estimado

con que vuestro amor no cesa

de obligarla.

CARLOS:

Su rigor

a lo menos no lo muestra.

BELTRÁN:

No os quejéis; que culpa es vuestra

conquistar ajeno amor,

ingrato a quien os adora

y por vos vive muriendo.

CARLOS:

¿Qué decís, que no os entiendo?

BELTRÁN:

La Marquesa, mi señora,

lo sabe ya todo: en vano

os hacéis desentendido.

CARLOS:

¡Decid, por Dios! ¿Qué ha sabido?

Del secreto os doy la mano,

si es que os recatáis por eso.

Solos estamos los dos.

BELTRÁN:

Ha sabido que por vos

pierde doña Blanca el seso.

CARLOS:  
¿Qué doña Blanca?

BELTRÁN:  
De Herrera,  
la hija de don Fernando.

CARLOS:  
Lo que os estoy escuchando  
es ésta la vez primera  
que a mi noticia llegó.

BELTRÁN:  
¡Bien, por Dios!

CARLOS:  
Él es testigo  
de que la verdad os digo.

BELTRÁN:  
Pues, que lo sepáis o  
no, por vos vive en tal  
tormento y en tanto fuego abrasada  
Blanca, que desesperada  
quiere entrarse en un convento.

CARLOS:  
¿Por mí?

BELTRÁN:  
Por vos.

CARLOS:  
Mirad bien  
que os engañáis.

BELTRÁN:  
Ni yo dudo  
quién sois, ni engañarse pudo  
quien lo dijo.

CARLOS:  
¿Pues de quién  
lo sabéis que no podía

engañarse?

BELTRÁN:

Helo sabido  
de una criada, que ha sido  
de quien ella más se fía.

CARLOS:

Otra vez vuelvo a juraros  
que he estado ignorante de ello.

BELTRÁN:

Bien puede, sin entendolo  
vos, doña Blanca adoraros;  
que esas partes fortaleza  
mayor pueden sujetar,  
y ella de honesta callar,  
ciega de amor, su flaqueza,  
que sólo os puedo decir  
que quien me lo dijo fue  
con circunstancias que sé  
que no me pudo mentir.

CARLOS:

(¿Puede ser esto verdad, *Aparte*  
cielo santo? Puede ser,  
que en antojos de mujer  
no es ésta gran novedad.  
Pero no, el Marqués ha sido  
su amante. Mentira es.  
Pero bien pudo el Marqués  
amarla sin ser querido.  
¿Cómo me pudo tener  
tanta afición sin mostralla?  
Pero como honesta calla,  
si adora como mujer.  
¿Cómo mi amor la conquista  
sin comunicar con ella?  
Pero la honrada doncella  
tiene la fuerza en la vista.  
Marquesa, si esto es verdad,  
al cielo tu sinrazón  
ofende, y me da ocasión  
de castigar tu crueldad.  
Será de mí celebrada  
Blanca, principal y hermosa.

Quizá pagarás celosa  
lo que niegas confiada.  
Mas, ¿qué haré? Que el desafío  
me tiene empeñado ya.  
El mismo ocasión me da  
para el desagravio mío:  
yo haré que tu confianza,  
si el cielo me da vitoria,  
donde espera mayor gloria,  
me dé a mí mayor venganza.)  
Adiós, Beltrán.

BELTRÁN:  
Conde, adiós.

CARLOS:  
Mi pretensión ayudad.

BELTRÁN:  
Ya sabéis mi voluntad.

CARLOS:  
Confiado estoy de vos.

Vase

BELTRÁN:  
Lo que manda la Marquesa  
comencemos a ordenar.

Pone papeles sobre un bufete, y recado de escribir  
y un libro

¡Cielos! ¿En qué ha de parar  
tan dificultosa empresa?

Sale CLAVELA con manto

CLAVELA:  
(Dicen que un loco hace ciento *Aparte*  
y ya, por la ceguedad  
de Blanca, en mí la verdad  
del refrán experimento.  
Oblígame a acreditar  
su enredo con otro enredo.  
Éste es Beltrán. Aquí puedo

su intención ejecutar.)  
Suplícóos que me digáis  
dónde hallaré un gentilhombre  
de esta casa, cuyo nombre  
es Beltrán.

BELTRÁN:  
Con él estáis.

CLAVELA:  
¿Vos sois?

BELTRÁN:  
Yo soy.

CLAVELA:  
Buen agüero  
del dichoso efeto ha dado,  
haberos luego encontrado,  
a lo que peditos quiero.

BELTRÁN:  
¿En qué os puedo yo servir?

CLAVELA:  
Es público que se casa  
la señora de esta casa.  
Dicen que ha de recibir  
más criadas y quisiera,  
pues tanto podéis, que fuese,  
para que me recibiese,  
vuestra piedad mi tercera;  
que ni por padres honrados,  
ni por buena fama creo  
que desprecie mi deseo.  
En labores y bordados  
hay en la corte muy pocas  
que me puedan igualar;  
si me pongo a aderezar  
valonas, vueltas y tocas,  
no distingue, aunque lo intente,  
la vista más atrevida,  
si son de gasa bruñida  
o de cristal transparente;  
y si de lo referido  
pretendéis certificaros,

será fácil informaros  
de la casa en que he servido;  
que su madre del Marqués  
don Fadrique es buen testigo  
de las verdades que digo.

BELTRÁN:

(Esta ocasión, cielos, es *Aparte*  
la que buscar he podido,  
para informarme de todo  
lo que pretendo.) ¿De modo  
que habéis, señora, servido  
a la Marquesa?

CLAVELA:

Diez años.

BELTRÁN:

¿Por qué causa os despidió  
de su servicio?

CLAVELA:

(¡Cayó *Aparte*  
en la red de mis engaños!)  
Si os he de decir verdad,  
me habéis de guardar secreto.

BELTRÁN:

Decid; que yo os lo prometo.

CLAVELA:

Conquistó mi honestidad  
su hijo el Marqués de suerte  
que me despedí por él,  
y por eximirme de él  
tuviera en poco la muerte.

BELTRÁN:

¿Por qué? Decid.

CLAVELA:

Yo me entiendo.

BELTRÁN:

¿No lo fiaréis de mí?  
(La verdad descubro aquí.) *Aparte*

CLAVELA:

(¡En el lazo va cayendo!) *Aparte*

No es oro todo, Beltrán  
lo que reluce. Secretos  
padece algunos defetos,  
aunque le veis tan galán,  
que da vergüenza el contarlos.  
¡Mirad qué será el tenerlos!

BELTRÁN:

¿Y no puedo yo saberlos,  
supuesto que he de callarlos?

CLAVELA:

Pues os he dicho lo más,  
y pues pretendo obligaros,  
tengo de lisonjearos  
diciéndoos lo que jamás  
mis labios han confesado.  
Tiene el Marqués una fuente;  
y el mayor inconveniente  
no es éste de ser amado.

BELTRÁN:

¿Pues cuál?

CLAVELA:

En una ocasión  
que me halló sola, en los lazos  
me prendió de sus dos brazos,  
y en la amorosa cuestión,  
a mis labios atrevido,  
con su aliento me ofendió  
tanto, que me mareó  
el mal olor el sentido.  
Por esto y por la opinión  
que tiene de mentiroso,  
hablador y jactancioso,  
tomé al fin resolución  
de resistir y de huir  
el ciego amor que le abrasa  
por mí; y así de su casa  
me fue forzoso salir.

BELTRÁN:



Decidme, ¿cómo os llamáis?

CLAVELA:

Es mi nombre Ana María.

BELTRÁN:

¿Dónde vivís?

CLAVELA:

Una tía  
me alberga; mas pues tomáis  
mi cuidado a cargo vos,  
al mío queda el buscaros.

BELTRÁN:

Importa no descuidaros.

CLAVELA:

Dios os guarde.

BELTRÁN:

Guárdeos Dios.

CLAVELA:

(Fuerza es que al fin se declare *Aparte*  
la verdad; mas haga el daño  
que hacer pudiere el engaño,  
y dure lo que durare.)

Vase

BELTRÁN:

Con tan clara información,  
las faltas son ciertas ya  
del Marqués, y perderá  
por ellas su pretensión.

Sale doña INÉS

INÉS:

¿Tenéis, Beltrán, prevenidos  
los memoriales?

BELTRÁN:

Dispuestos  
están como has ordenado.

INÉS:

Pues llegad, llegad asientos.  
Sentáos, Beltrán. El examen  
en nombre de Dios empiezo.

Siéntanse al bufete con un libro y  
memoriales

BELTRÁN:

Este billete, señora,  
es de don Juan de Vivero.

INÉS:

Breve escribe. Dice así,

Lee

"Si os mueven penas, yo muero"  
Esto de muero es vulgar;  
mas por lo breve es discreto.

BELTRÁN:

Hecha tengo su consulta.

INÉS:

Decid.

Lee en el libro

BELTRÁN:

"Don Juan de Vivero,  
mozo, galán, gentilhombre,  
y en sus acciones compuesto;  
seis mil ducados de renta;  
galiciano caballero.  
Es modesto de costumbres,  
aunque dicen que fue un tiempo  
a jugar tan inclinado,  
que perdió hasta los arreos  
de su casa y su persona;  
pero ya vive muy quieto."

INÉS:

El que jugó jugará;  
que la inclinación al juego

se aplaca, mas no se apaga.  
Borralde.

BELTRÁN:  
Ya te obedezco.

INÉS:  
Proseguid.

BELTRÁN:  
Éste es don Juan  
de Guzmán, noble mancebo.  
Dale un papel a INÉS

INÉS:  
¿No es éste el que ayer traía  
una banda verde al cuello?

BELTRÁN:  
Ése mismo.

INÉS:  
Pues yo dudo  
que escape de loco o necio;  
que preciarse de dichosos  
nunca ha sido acción de cuerdos.

Lee INÉS

"En tanto que el máximo planeta en giro veloz  
ilustre el orbe, y sus piramidales rayos iluminan  
mis vítreos ojos...".

¡Oh, qué fino mentecato!

BELTRÁN:  
¡Y qué puro majadero!

INÉS:  
¡A una mujer circunloquios  
y no usados epitetos!

BELTRÁN:  
¿Quieres oír su consulta?

INÉS:

No, Beltrán; borralde presto,  
y al margen poned así:

Escribe BELTRÁN en el libro

"Éste se borra por necio.  
No se consulte otra vez,  
porque es falta sin remedio".

BELTRÁN:

Ya está puesto. El que se sigue  
es don Gómez de Toledo,  
que la cruz de Calatrava  
ostenta en el noble pecho.  
Hombre que anda a lo ministro,  
capa larga y corto cuello,  
levantado por detrás  
el cuello de ferreruelo,  
el paso compuesto y corto,  
siempre el sombrero derecho,  
y un papel en la pretina;  
maduro en años y en seso.

INÉS:

Apruebo el seso maduro,  
maduros años no apruebo  
para en marido, Beltrán.

BELTRÁN:

Es maduro, mas no es viejo.

INÉS:

Va la consulta.

BELTRÁN:

Es Hurtado  
de Mendoza.

INÉS:

¿De los buenos?

BELTRÁN:

De los buenos.

INÉS:

Será vano.

BELTRÁN:  
Es pobre.

INÉS:  
Serálo menos.

BELTRÁN:  
Tiene esperanza de ser  
de una gran casa heredero.

INÉS:  
No contéis por caudal propio  
el que está en poder ajeno;  
y más donde el morir antes  
o después es tan incierto.

BELTRÁN:  
Pretende oficios.

INÉS:  
¿Pretende?  
¡Triste de él! ¿Tenéis por bueno  
para mi marido a quien  
ha de andar siempre pidiendo?

BELTRÁN:  
Un virreinato pretende.

INÉS:  
¿Virreinato cuando menos?  
¡Mirad si digo que es vano!

BELTRÁN:  
Tiene, para merecerlo,  
innumerables servicios.

INÉS:  
A maravedís los trueco;  
que méritos no premiados  
son litigiosos derechos.

BELTRÁN:  
Sólo entre sus buenas partes  
se le conoce un defeto.

INÉS:  
¿Cuál?

BELTRÁN:  
Es colérico adusto.

INÉS:  
¡Peligroso compañero!

BELTRÁN:  
Mas dicen que aquella furia  
se le pasa en un momento,  
y queda apacible y manso.

INÉS:  
Si con el ardor primero  
me arroja por un balcón,  
decidme, ¿de qué provecho,  
después de haber hecho el daño  
será el arrepentimiento?

BELTRÁN:  
¿Borrarélo?

INÉS:  
Sí, Beltrán;  
que elegir esposo quiero  
a quien tenga siempre amor,  
no a quien siempre tenga miedo,

BELTRÁN:  
Ya está borrado. Consulta

Lee en el libro de don Alonso...

INÉS:  
Ya entiendo.

BELTRÁN:  
Éste tiene nota al margen,  
que dice. "Merced le han hecho  
de un hábito, y no ha salido.  
Consultésemme en saliendo".

INÉS:  
¿Ha salido?

BELTRÁN

No, señora.

INÉS:

Harta lástima le tengo.

Beltrán, el que hábito pide,  
más pretende, según pienso,  
dar muestra de que es bienquisto,  
que no de que es caballero.

Adelante.

BELTRÁN:

Don Guillén

de Aragón se sigue luego,  
de buen talle y gentil brío;  
sobre un condado trae pleito.

INÉS:

¿Pleito tiene el desdichado?

BELTRÁN:

Y dicen que con derecho;  
que sus letrados lo afirman.

INÉS:

Ellos, ¿cuándo dicen menos?

BELTRÁN:

Gran poeta.

INÉS:

Buena parte,  
cuando no se toma el serlo  
por oficio.

BELTRÁN:

Canta bien.

INÉS:

Buena gracia en un soltero,  
si canta sin ser rogado,  
pero sin rogar con ello.

BELTRÁN:

En latín y griego es docto.

INÉS:

Apruebo el latín y el griego;  
aunque el griego, más que sabios,  
engendrar suele soberbios.

BELTRÁN:

¿Qué mandas?

INÉS:

Que se consulte,  
si saliere con el pleito.

BELTRÁN:

El que se sigue es don Marcos  
de Herrera.

INÉS:

Borrardo luego;  
que don Marcos y don Pablo,  
don Pascual y don Tadeo,  
don Simón, don Gil, don Lucas,  
que sólo oírlos da miedo,  
¿cómo serán si los nombres  
se parecen a sus dueños?

BELTRÁN:

Del marques napolitano  
la consulta te refiero.

INÉS:

Beltrán, títulos de Italia  
son moneda de otro reino,  
y no quiero yo marido  
que ande con los caballeros  
de España sobre llamarle  
señoría, siempre a pleito.  
Voluntarias señorías  
son forzosos sentimientos,  
que hay hidalgo presumido,  
de montañés abolengo,  
que por darles a los tales  
con la merced, por momentos  
se les hará en contradizo.

BELTRÁN:



Bórrolo, pues, y te leo  
los méritos y consulta  
del conde don Juan.

INÉS:  
Ya entiendo.

BELTRÁN:  
Es andaluz, y su estado  
es muy rico y sin empeño,  
y crece más cada día,  
que trata y contrata.

INÉS:  
Eso  
en un caballero es falta;  
que ha de ser el caballero  
ni pródigo de perdido,  
ni de guardoso avariento.

BELTRÁN:  
Dicen que es dado a mujeres.

INÉS:  
Condición que muda el tiempo.  
Casará y amansará  
al yugo del casamiento.

BELTRÁN:  
No es puntual.

INÉS:  
Es señor.

BELTRÁN:  
Mal pagador.

INÉS:  
Caballero.

BELTRÁN:  
Avalentado.

INÉS:  
Andaluz.

BELTRÁN:

Es viudo.

INÉS:

Borralde presto;  
que quien dos veces se casa,  
o sabe enviudar o es necio.

BELTRÁN:

El Conde Carlos se sigue.  
Éste tiene gran derecho,  
que es noble, rico y galán,  
y de muchas gracias lleno.

INÉS:

Sí; mas tiene una gran falta.

BELTRÁN:

¿Y cuál es?

INÉS:

Que no le quiero.

BELTRÁN:

¿Borrarélo?

INÉS:

No, Beltrán,  
ni lo borro ni lo apruebo.

BELTRÁN:

Sólo el Marqués don Fadrique  
resta ya. Sus partes leo.

INÉS:

Decidme; ¿qué información  
hallastes de los defetos  
que aquella mujer me dijo?

BELTRÁN:

¡Que son todos verdaderos!

INÉS:

¿Que son ciertos?

BELTRÁN:

Ciertos son.

Levántase derribando el bufete

INÉS:

Pues borralde... Mas, ¡teneos!  
No le borreís; que es en vano,  
entre tanto que no puedo,  
como su nombre en el libro,  
borrar su amor en el pecho.

Vase

BELTRÁN:

Con las tablas de la ley  
diste, señora, en el suelo.  
No hallarás perfeto esposo;  
que caballo sin defeto,  
quien lo busca, desconfía  
de andar jamás caballero.

Fin del Acto Segundo

### ACTO TERCERO

Dentro ruido de cascabeles y atabales. Salen  
HERNANDO por una puerta, y por otra OCHAVO

HERNANDO:

¡Vítor el Conde Carlos! ¡Vítor!

OCHAVO:

¡Cola!  
¡El Marqués don Fadrique, vítor!

HERNANDO:

¡Mientes!

OCHAVO:

Lacayo vil, ¿tu lengua niega sola  
lo que afirman conformes tantas gentes?

HERNANDO:

Tú, como infame, mientes por la gola;  
que no han sido los votos diferentes  
en dar al Conde Carlos la vitoria.

OCHAVO:

El premio nos dirá cúa es la gloria.

HERNANDO:

Más entiendes de vinos que de lanzas.  
Llevóse el Conde Carlos la sortija  
dos veces, ¿y te quedan esperanzas  
de que a tu dueño la Marquesa elija?

OCHAVO:

¡Triste, que ni el primero punto alcanzas  
de vinos ni de lanzas! No colija  
tu pecho de eso el lauro que te ofreces;  
que el Marqués la ha llevado otras dos veces

HERNANDO:

El Conde, por ventura, en el torneo,  
¿en todo no ha quedado ventajoso?

OCHAVO:

O estás loco, o te miente tu deseo.  
¿El premio no llevó de más airoso  
el Marqués, mi señor?

Miran adentro

HERNANDO:

Al Conde veo  
que el premio dan.

OCHAVO:

No estés presuntüoso;  
que otro dan al Marqués.

HERNANDO:

¿Hay tal sentencia?  
¡Que igualen tan notoria diferencia!

OCHAVO:

Juzgólo el Almirante, y corresponde  
a quien es.

HERNANDO:

Será un necio quien replique.

OCHAVO:

Su premio guarda en la urna blanca el Conde

HERNANDO:

Y el suyo le presenta don Fadrique  
a la Marquesa.

OCHAVO:

Gran misterio esconde,  
y rabio por saber qué signifique.  
En balcón blanco, que al del alba imita,  
blanca urna en que los premios deposita.

HERNANDO:

A su tiempo dirá. La fiesta ha dado  
fin; la Marquesa deja la ventana.

OCHAVO:

Y ya nuestros dos dueños han dejado  
sus dos caballos.

HERNANDO:

Hoy el Conde gana  
la vitoria del bien que ha deseado.

OCHAVO:

Hoy goza de su prenda soberana  
el Marqués.

HERNANDO:

Ellos vienen.

OCHAVO:

Pues veamos  
cómo se hablan agora nuestros amos.

Salen el conde CARLOS y el MARQUÉS,  
aderezados de sortija el conde de blanco,  
y el MARQUÉS de verde

CARLOS:

Marqués, mil norabuenas quiero daros

del aire, de la gala y bizarría  
con que corrido habéis. Pudo invidiaros  
en todo el mismo autor del claro día.

MARQUÉS:

El alabarme, Conde, es alabaros;  
lisonja es vuestra la lisonja mía,  
que si a vos sólo merecí igualarme,  
gusto que os alabéis con alabarme.

OCHAVO:

¡Qué honrado competir!

CARLOS:

Fue la sentencia  
como de tal señor.

MARQUÉS:

El Almirante  
honra como quien es.

OCHAVO:

¿Quién competencia  
tan noble ha visto en uno y otro amante?

CARLOS:

Marqués, pediros quiero una licencia.

MARQUÉS:

Si soy vuestro, y no tiene semejante  
la amistad que profeso yo teneros,  
sólo os puedo negar el concederos.  
¿Licencia puedo dar a quien de todo  
es dueño, a quien gobierna mí albedrío?  
Tomalda, Conde, vos; que de ese modo  
os puedo dar lo que tenéis por mío;  
y para daros a entender del todo  
cuánto soy vuestro y cuánto en vos confío,  
si sin pedirla no queréis tomarla,  
yo, sin saberla, tengo de otorgarla.

CARLOS:

Sólo quiero saber...

MARQUÉS:

No digáis nada,

o mi amistad de vos será ofendida.

CARLOS:

¿Amáis a la Marquesa?

MARQUÉS:

No es amada  
en su comparación de mí la vida.

CARLOS:

¿Y Blanca?

MARQUÉS:

Es ya de mí tan olvidada,  
que aun haberla querido se me olvida.

CARLOS:

Con eso tomo la licencia, amigo.  
Hago lo que mandáis, y no os lo digo.

Vanse el conde CARLOS y HERNANDO

OCHAVO:

Por Dios, señor, que has andado  
tan gallardo y tan lucido,  
que la invidia ha enmudecido,  
la soberbia te ha envidiado.  
Bien puede el Conde alabarse  
de ser vencido.

MARQUÉS:

Eso no;  
ni pude vencerlo yo,  
ni quien lo juzgó engañarse.

OCHAVO:

Eso sí; que es señal clara  
de los nobles corazones  
igualar en las razones  
las espaldas con la cara.

MARQUÉS:

Al cuarto de doña Inés  
hemos llegado.

OCHAVO:

Ella viene.

Salen doña INÉS, BELTRÁN y MENCÍA

INÉS:

(¡Ah, cielos! ¿Qué imperio tiene *Aparte*  
en mi albedrío el Marqués,  
que en viéndole, mi deseo  
pone al instante en olvido  
las faltas que dél he oído,  
por las partes que en él veo?)

MARQUÉS:

Huélgome, hermosa señora,  
que abreviaréis la elección,  
pues dos solamente son  
los que os compiten agora;  
porque a los demás, vencidos,  
la suerte los excluyó.  
El Conde Carlos y yo  
quedamos para eligidos.  
Iguales nos han juzgado  
en la sortija y torneo.  
No sé yo si su deseo  
igual a con mi cuidado;  
sé que si me vence a mí  
en la gloria que pretendo,  
tengo de mostrar, muriendo,  
lo que amando merecí.

INÉS:

No importa, Marqués, que vos  
y el Conde solos quedéis  
para abreviar, cuando veis  
que el ser iguales los dos  
me pone en más confusión;  
porque en muchos desiguales,  
más fácil que en dos iguales  
se resuelve la elección.  
Pero ya prevengo un medio  
con que me he de resolver.  
(Dilaciones son, por ver *Aparte*  
si el tiempo me da remedio.)

OCHAVO:

¿Cuándo, enemiga Mencía,



tu dureza he de ablandar?  
¡Que no te quieras casar!  
Sólo en mi daño podía  
tan gran novedad hallarse;  
pues para darme querella,  
eres la primer doncella  
que no rabia por casarse.

MENCÍA:  
Sí quiero; mas no te quiero.

OCHAVO:  
Pues si por mí no lo acabo,  
puédalo el llamarme Ochavo;  
que eres mujer, y es dinero.

MENCÍA:  
(¡Que no puedo yo librarme     *Aparte*  
de este amante porfiado!  
Mas sí puedo. De su enfado  
una burla ha de vengarme.)  
¿Diré, Ochavo, la verdad?

OCHAVO:  
Díla, si es en mi favor.

MENCÍA:  
Tu amor pago con amor.

OCHAVO:  
¿De veras?

MENCÍA:  
Mi voluntad  
esta noche ha de dar fin  
a tu firme pretensión.

OCHAVO:  
¿Mas qué tenemos? ¿Balcón,  
o puerta falsa, o jardín?

MENCÍA:  
No tanto lo que desea  
mi ciego amor dificulta.  
Ese tafetán oculta,  
Ochavo, una chimenea.

Escóndete en ella, agora  
que en plática están los tres  
divertidos; que, después  
que se acueste mi señora,  
yo, que soy su camarera,  
saldré a esta cuadra, y tendrás  
de lo que oyéndome estás  
información verdadera.

OCHAVO:

Al paso que se desea,  
se duda y se desconfía.  
Obedézcote, Mencía,  
y doyme a la chimenea.

Vase

MARQUÉS:

¿Los ingenios intentáis  
examinarnos?

INÉS:

Si iguales  
los méritos corporales  
a los del alma juzgáis,  
erráislo; y se precipita  
la que así no se recata;  
que con el alma se trata,  
si con el cuerpo se habita.

MARQUÉS:

¡Ay, mi bien! Que no lo siento  
porque me causa temor;  
que en las alas de mi amor  
volará mi entendimiento.  
Siéntolo, Inés, porque veo  
que son todas dilaciones,  
solicitando ocasiones  
de no premiar mi deseo.  
Mirad que muero de amor.

INÉS:

¡Qué mal, Marqués, lo entendéis!  
Las dilaciones que veis  
son sólo en vuestro favor;  
que nadie en mi pensamiento

os hace a vos competencia;  
sólo está de mi sentencia  
en vos el impedimento.

MARQUÉS:

¡Declárate! ¿Así te vas?

INÉS:

Basta, Marqués, declararos  
que ni puedo más amaros  
ni puedo deciros más.

Vase doña INÉS con MENCÍA

MARQUÉS:

¡Cielos! ¿Qué es esto? Sacad,  
Beltrán, de esta confusión  
mi afligido corazón.

BELTRÁN:

Sabe Dios mi voluntad;  
mas hame puesto preceto  
del silencio doña Inés,  
y no querréis vos, Marqués,  
que os revele su secreto.

MARQUÉS:

(De la vil emulación *Aparte*  
sin duda nace este engaño,  
y puede más en mi daño  
la envidia que la razón.  
Mas, ¿por que, enemiga ingrata,  
me matas con encubrirlo?  
Matárasme con decirlo,  
pues el callarlo me mata.)

Vase el MARQUÉS

BELTRÁN:

Sáquenos con bien los cielos  
de intento tan peligroso.

Sale INÉS

INÉS:

¿Fuese?

BELTRÁN:

Corrido y quejoso,  
ardiendo en cólera y celos.  
Y tiene, por Dios, razón,  
si atenta lo consideras;  
que declararle pudieras  
de su daño la ocasión.

OCHAVO se asoma al paño y escucha

INÉS:

Bien lo quisieran mis males;  
pero nadie, si es discreto,  
dice al otro su defeto;

y los del Marqués son tales,  
que la vergüenza no deja  
referirlos, y es más sabio  
intento excusar su agravio,  
que satisfacer su queja.

Escucha OCHAVO desde el paño

OCHAVO:

(¿Qué serán estos defetos?) *Aparte*

INÉS:

Decid: ¿quién, si en la opinión  
del Marqués al mundo son  
sus defetos tan secretos  
que eso le da confianza,  
le dirá faltas tan feas?

BELTRÁN:

Yo, señora, si deseas  
no dar causa a su venganza.  
Porque tener una fuente  
es enfermedad, no error;  
de la boca el mal olor  
es natural accidente,  
el mentir es liviandad  
de mozo, no es maravilla,  
y vendrán a corregilla  
la obligación y la edad.  
Éstos sus defetos son;

pues él los pregunta, deja  
que yo mitigue su queja  
y aclare su confusión.

OCHAVO:

(¡Hay tal cosa!) *Aparte*

INÉS:

Mal sabéis  
cuánto amarga un desengaño.  
Aunque remediéis su daño  
con eso, le ofenderéis;  
que aun los públicos defetos  
hace, quien los dice, ofensa.  
¿Qué será si el Marqués piensa  
que los suyos son secretos?  
Si son ciertos, la razón  
con que le dejo verá,  
o el tiempo descubrirá  
la verdad, si no lo son;  
que a esto sólo mi cuidado  
con la dilación aspira.

BELTRÁN:

Señora, si ella es mentira,  
¡lindamente la han trazado!

INÉS:

¿Qué ocasión a la criada  
de Blanca pudo mover  
a mentir?

Vase doña INÉS

BELTRÁN:

Toda mujer  
es a engañar inclinada.

Vase BELTRÁN

OCHAVO:

¿Esto pasa? ¿Que escondido  
tanto mal tenga el Marqués?  
¿Que lo sepa doña Inés,  
y yo no lo haya sabido?  
¿Quién puede haber que lo crea?

¿Que de mentiroso tiene  
opinión?... Mas gente viene;  
vuélvome a la chimenea.

Vase. Salen BLANCA y CLAVELA, a la ventana

CLAVELA:  
¿Qué querrá tratar contigo  
el Conde Carlos?

BLANCA:  
Él es,  
como sabes, del Marqués  
don Fadrique fiel amigo,  
y decirme de su parte  
alguna cosa querrá.

CLAVELA:  
¿Si está arrepentido ya  
de mudarse y de agraviarte?

BLANCA:  
No vuela con tanto aliento  
mi esperanza.

CLAVELA:  
Pues, señora,  
¿quieres saber lo que agora  
me ha dictado el pensamiento?

BLANCA:  
Dilo.

CLAVELA:  
El Conde te ha mirado  
en la sortija y torneo  
tanto, que de algún deseo  
me da indicio su cuidado.

BLANCA:  
¿Eso dices, cuando ves  
que es doña Inés su esperanza?

CLAVELA:  
¿No hay en el amor mudanza?

BLANCA:

Siendo amigo del Marqués,  
¿he de creer que pretende  
las prendas que él adoró?

CLAVELA:

Si ya el Marqués te olvidó,  
con amarte, ¿qué le ofende,  
supuesto que es tan usado  
en la corte suceder  
el amigo en la mujer  
que el otro amigo ha dejado,  
sin que esta ocasión lo sea  
para poder dividirlos?  
Que dicen que esos puntillos  
son para hidalgos de aldea.

BLANCA:

Presto el misterio que esconde  
su venida y su intención  
conoceré. Hacia el balcón  
viene un hombre.

CLAVELA:

Será el Conde.

Sale el conde CARLOS, de noche

CARLOS:

(Amor, como son divinos, *Aparte*  
son tus intentos secretos,  
pues dispensas tus efectos  
por tan ocultos caminos.  
¿Quién pensara que la fama  
de que a Blanca doy cuidado,  
hubiera en mí despertado  
tan nueva amorosa llama,  
que funde ya mi esperanza  
en ella su dulce empleo,  
y prosiga mi deseo  
lo que empezó mi venganza?  
De amar es fuerte incentivo  
ser amado; que el rigor  
mata el más valiente amor  
y apaga el ardor más vivo.  
Mas ya Blanca en su balcón

me espera. ¡Qué puntual!  
Es fuego el amor, y mal  
se encubre en el corazón.)

¿Es Blanca?

BLANCA:  
¿Es Carlos?

CARLOS:  
Soy, señora mía,  
el hombre más dichoso  
de cuantos ven la luz del claro día;  
si bien estoy quejoso  
del tiempo que el recato me ha tenido  
oculto el alto bien que he merecido.

BLANCA:  
No os entiendo.

CARLOS:  
Señora,  
baste el silencio, baste el sufrimiento;  
dos años basten ya que el pensamiento,  
sin producir acciones,  
ardiendo reprimió vuestras pasiones.

BLANCA:  
Hablad; que menos os entiendo agora.

CARLOS:  
En vano es, Blanca, ya vuestro recato.  
Declararos podéis; no soy ingrato.

BLANCA:  
Vos, Conde, os declarad.

CARLOS:  
Cuando la fama  
publica ya, partera,  
que el sol ha iluminado  
dos veces ya los signos de su esfera,  
después que arde en mi amor vuestro cuidado  
y que os obliga la desconfianza  
de ser mi dulce esposa, a la mudanza  
del secular al religioso estado,



¿os preciáis de secreta y recatada,  
porque tal gloria goce yo penada?

Hablan aparte doña BLANCA y CLAVELA

BLANCA:

Este daño resulta de mi engaño.

CLAVELA:

No es, si ganas al Conde, mucho el daño.

CARLOS:

¿Por ventura teméis que el pecho mío  
no os corresponda, Blanca? ¿Por ventura  
--demás que esa beldad os asegura  
la vitoria del más libre albedrío--  
no os han dicho mis ojos,  
mis colores, divisas y libreas,  
mis ardientes enojos?  
En lo blanco y lo verde, ¿quién no alcanza  
que di a entender que es Blanca mi esperanza  
¿No adorné en la sortija y el torneo  
de blanco una ventana? ¿Y puesta en ella  
no vistes la urna breve,  
émula de la nieve,  
mostrando por enigmas mi deseo,  
poniendo en ello del marcial trofeo  
los premios que gané, con que mostraba  
que a esa blanca deidad los dedicaba?  
En las cañas, ¿mi adarga en campo verde  
no llevaba una blanca,  
cuya letra en el círculo decía,  
"Trueco a una Blanca la esperanza mía"?  
Tras esto, ¿yo no vengo ya rendido?  
Pues, mi bien, ¿qué os impide o qué os enfrena  
de sacarme y salir de tanta pena?

Hablan aparte CLAVELA y doña BLANCA

CLAVELA:

Goza de la ocasión, señora mía;  
que rabio ya por verte señoría.

BLANCA:

(¿Qué recelo? ¿Qué dudo? *Aparte*  
¿Con qué medio mejor la suerte pudo

disponer mi remedio y mi venganza?  
¡Pague el Marqués mi agravio y su mudanza!)  
Conde, ya llegó el tiempo que mi pecho,  
de las verdades vuestras satisfecho,  
descanse de sus penas;  
que si llegaba el fuego a las almenas  
antes de ser pagado,  
¿qué será cuando veo  
que el vuestro corresponde a mi deseo?

CARLOS:  
¿Que alcanzo tanta gloria?

BLANCA:  
Ha mucho que gozáis esta vitoria.  
Mas, Conde, gente viene, y es muy tarde.  
Tratadlo con mi padre, y Dios os guarde.

Vanse doña BLANCA y CLAVELA

CARLOS:  
Adiós, querida Blanca. ¡Amor, vitoria!  
¿Qué gracias te daré por tanta gloria,  
pues en un punto alcanza  
mi amor de Blanca amor, de Inés venganza?

Sale el MARQUÉS, de noche

MARQUÉS:  
¿Es el Conde?

CARLOS:  
¿Es el Marqués?

MARQUÉS:  
¡Vos tan tarde, Conde, aquí?

CARLOS:  
Sí, que os solicito así,  
la dicha de doña Inés.

MARQUÉS:  
¿Cómo?

CARLOS:  
La mano le doy,

si vos licencia me dais,

MARQUÉS:

Al cuello me echáis,  
Conde, nuevos lazos hoy;  
pues aunque el amor cesó,  
la obligación del deseo  
de su merecido empleo  
viva en el alma quedó.  
Pues en tan noble marido  
mejorada suerte alcanza,  
no se queje su esperanza  
de que mi mano ha perdido.

CARLOS:

(Esto es bueno, ¡para haber *Aparte*  
dos años que a mí me adora  
doña Blanca!) Nadie agora  
os queda ya que temer.

MARQUÉS:

¡Ay de mí, Conde, que es vano  
vuestro cuidado y el mío,  
cuando alcanzar desconfío  
de la Marquesa la mano!  
Que de sus labios oí  
--ved si con causa lo siento--  
que estaba el impedimento  
de alcanzarla sólo en mí.  
No dijo más la crüel.  
Conde, solo estáis conmigo,  
mi amigo sois, y el amigo  
es un espejo fiel.  
En vos a mirarme vengo.  
Sepa, yo, Carlos, de vos,  
por vuestra amistad, por Dios,  
¿qué secreta falta tengo,  
que cuando a mí se me esconde,  
la sabe Inés? ¿Por ventura  
de mi sangre se murmura  
alguna desdicha, Conde?  
Habladme claro. Mirad  
que he de tener, ¡vive Dios!  
si esto no alcanzo de vos,  
por falsa vuestra amistad.

CARLOS:

Estad, Marqués, satisfecho,  
que a saberlo, os lo dijera;  
y si no es la envidia fiera  
la que tal daño os ha hecho,  
el ingenio singular  
de Inés me obliga a que arguya  
que ésa es toda industria suya,  
con que intentando no errar  
la elección, os obligó  
a que os miréis y enmendéis,  
si algún defeto tenéis  
que vos sepáis, y ella no.  
Mas si de vuestra esperanza  
marchita el verdor lozano  
la envidia infame, esta mano  
y este pecho a la venganza  
tan airado se previene,  
que el mundo todo ha de ver  
que nadie se ha de atrever  
a quien tal amigo tiene.

MARQUÉS:

Bien sabéis vos que os merece  
mi amistad esa fineza.

CARLOS:

Ya la purpúrea belleza  
del alba en perlas ofrece  
por los horizontes claros  
el humor que al suelo envía.

MARQUÉS:

Aquí me ha de hallar el día.

CARLOS:

Fuerza será acompañamos.

MARQUÉS:

No, Conde; que estos balcones  
de Inés quiero que me vean  
solo, y que testigos sean  
de que en mis tristes pasiones  
guardo aquí solo el día,  
solo por más sentimiento,  
que la pena y el tormento

alivia la compañía.  
Vos es bien que os recojáis.  
Descansad, pues sois dichoso.

CARLOS:  
Mal puedo ser venturoso  
mientras vos no lo seáis.

Vase el conde CARLOS. Sale OCHAVO,  
en lo más alto del corredor, tiznado

OCHAVO:  
¡Gracias a Dios que he salido  
ya de esta vaina de hollín!  
¡Ah, vil Mencía! Tu fin  
burlarme en efeto ha sido.  
Al tejado menos alto  
de uno en otro bajaré,  
porque dé; al suelo dé  
menos peligroso salto.

MARQUÉS:  
(Parece que sobre el techo *Aparte*  
de Inés anda un hombre. ¡Cielos!  
¿Qué será? ¡Ah, bastardos celos,  
qué asaltos dais a mi pecho!  
¿De Inés puede ser manchada  
tan vilmente la opinión?  
No es posible. Algún ladrón  
será, o de alguna criada  
será el amante. Verélo;  
que parece que procura,  
disminuyendo la altura,  
bajar de uno en otro al suelo.)

OCHAVO:  
(De aquí he de arrojarme al fin, *Aparte*  
que es el postrer escalón.  
¡Válgame en esta ocasión  
algún santo volatín!)

Salta al teatro y tiéndese, y el  
MARQUÉS pónale la espada al pecho

MARQUÉS:  
¡Hombre, tente y di quién eres!

OCHAVO:

¡Hombre, tente tú!, que a mí,  
si me ves tendido aquí,  
¿qué más tenido me quieres?

MARQUÉS:

¿Es Ochavo?

OCHAVO:

¿Es mi señor?

MARQUÉS:

Díme, ¿qué es esto?

OCHAVO:

No es nada.

Burla ha sido, aunque pesada;  
mas son percances de amor.

MARQUÉS:

¿Cómo?

OCHAVO:

Esa crüel Mencía  
esta noche me ha tenido  
entre el hollín escondido,  
y vino al romper del día  
diciendo que su señora  
su intento había sospechado,  
y que con ese cuidado  
se estaba vistiendo agora  
con su gente, para ver  
la casa; yo, que me vi  
en tal peligro, salí  
como bala, por poder  
librarme, por el cañón  
de esa ahumada chimenea.

MARQUÉS:

¡Por Dios, que estoy porque vea  
tu atrevida pretensión  
la pena de tu locura!  
¿De casa que me ha de honrar  
te atreviste a quebrantar  
la opinión y la clausura?

OCHAVO:

El amor me ha disculpado;  
y basta, señor, por pena  
haber, perdiendo la cena,  
toda una noche esperado,  
y haber el refrán cumplido  
de "si pegare, y si no,  
tizne", pues que no pegó,  
y tan tiznado he salido.

MARQUÉS:

Necio, no estoy para oír  
tus gracias.

OCHAVO:

¡Yo sí, Marqués,  
para decir las, después  
que sin cenar ni dormir  
toda la noche he velado!  
Mas siempre los males son  
por bien, pues por el cañón  
no cupiera a haber cenado;  
y el descuento está bien llano  
que de este trabajo tuve,  
pues de no cenar, estuve  
para saltar más liviano.  
Demás, que lo que he sabido  
esta noche me ha obligado  
a dar por bien empleado  
cuanto mal me ha sucedido.

MARQUÉS:

¿Cómo?

OCHAVO:

¿Lo que algún contrario  
tuyo ha sabido de ti,  
encubres, Marqués, de mí,  
tu amigo y tu secretario?  
¿Fuente tienes, y la cura  
otro que yo?

MARQUÉS:

¿Fuente yo?

OCHAVO:

¿Doña Inés lo sabe, y no  
Ochavo?

MARQUÉS:

¡Hay tal desventura!  
¿Eso han dicho a doña Inés?

OCHAVO:

Ten paciencia; que otras cosas  
más ocultas y afrentosas  
le han dicho de ti, Marqués.

MARQUÉS:

Acaba, dilas.

OCHAVO:

A enfado  
dice, señor, que provoca  
el aliento de tu boca.  
¡Mira tú a quien has besado  
sobre ahíto y en ayunas,  
o después de comer olla,  
ajos, morcilla, cebolla,  
habas verdes o aceitunas!

MARQUÉS:

¡Hay tal maldad! Cosas son  
que trazan envidias fieras.

OCHAVO:

¡Dichoso tú, si pudieras  
dar de ellas información  
de lo contrario a tu ingrata!  
Mas esto es nada, señor;  
lo que falta es lo peor,  
y lo que más la recata.

MARQUÉS:

El veneno riguroso  
me da de una vez.

OCHAVO:

Pues, ¿quieres  
sabello? Hanle dicho que eres  
hablador y mentiroso.



MARQUÉS:

¡Cielos! ¿Qué furias son éstas  
que en mí ejecutan sus iras?  
¿Qué traiciones, qué mentiras,  
con tal ingenio compuestas,  
que es imposible que de ellas  
darle desengaño intente?

OCHAVO:

En fin, ¿tú no tienes fuente?

MARQUÉS:

¿Quieres que en vivas centellas  
te abra mi furia?

OCHAVO:

No;  
mas, señor, si son mentiras,  
efeto son de las iras  
que en doña Blanca encendió  
el ser de ti desdeñada;  
porque, según entendí,  
quien esto dijo de ti,  
fue de ella alguna criada.

MARQUÉS:

La vida me has dado agora;  
que el remedio trazaré  
fácilmente, pues ya sé  
de estos engaños la autora.

OCHAVO:

Pues vámonos a acostar,  
en pago de tales nuevas.

MARQUÉS:

(Por más máquinas que muevas, *Aparte*  
Blanca, no te has de vengar.)

Vanse OCHAVO y el MARQUÉS. Salen  
doña INÉS, BELTRÁN: y MENCÍA

INÉS:

Hoy es, Beltrán, ya forzoso  
dar fin a mis dilaciones.

BELTRÁN:

No te venzan tus pasiones.  
Haz al Conde venturoso,  
pues en partes ha excedido  
a todos.

INÉS:

Hoy mi sentencia,  
si no es que en la competencia  
de ingenios quede vencido,  
le da el laurel vitorioso.

MENCÍA:

Yo pienso que ha de venir  
toda la corte a asistir  
al certamen ingenioso.

INÉS:

Así tendrá la verdad  
más testigos, y el deseo  
con que acertar en mi empleo  
y cumplir la voluntad  
de mi padre he pretendido,  
notorio al mundo será.

Salen el conde CARLOS, don JUAN, don GUILLÉN  
y don Juan de CUMÁN y el conde ALBERTO

ALBERTO:

Aunque del examen ya  
doña Inés nos ha excluido,  
no es bien que nos avergüence.  
La fiesta podemos ver;  
que en elección de mujer  
el peor es el que vence.

GUILLÉN:

Yo, a lo menos, no he tenido  
a infamia el ser reprobado.

JUAN:

Yo, por no verme casado,  
no siento el haber perdido.

Salen el MARQUÉS y el conde CARLOS por otra

parte, y OCHAVO

CARLOS:

¿Que tal quiso acreditar  
la envidia?

MARQUÉS:

(Pues ha de ser *Aparte*  
doña Blanca su mujer,  
decoro le he de guardar  
en callarle que ella ha sido  
quien con celosa pasión  
se valió de esta invención.)  
Una mujer me ha querido,  
con las faltas que escucháis,  
desacreditar.

CARLOS:

Marqués,  
daros pienso a doña Inés,  
pues vos a Blanca me dais.

MARQUÉS:

Tracémoslo, pues.

CARLOS:

Dejad  
ese cargo a mi cuidado,  
que al efeto se ha obligado.

MARQUÉS:

Ejemplo sois de amistad.

Salen doña BLANCA, con manto, y don FERNANDO  
por otra parte

FERNANDO:

¿No sabré a qué fin pretende  
que nos hallemos aquí  
el Conde?

BLANCA:

Él lo ordena así.  
Déjale hacer, que él se entiende;  
de su palabra confía.

FERNANDO:

De tu esposo me la ha dado.

BLANCA:

Pues piensa que esto ha trazado  
para mayor honra mía.

MARQUÉS:

Ya están en vuestra presencia  
los dos de quien vuestro examen  
al ingenioso certamen  
remite, Inés, la sentencia.

CARLOS:

Sólo falta proponer  
la materia o la cuestión,  
en que igual ostentación  
de ingenios hemos de hacer.

INÉS:

Generosos caballeros,  
en cuyas nobles personas  
piden iguales coronas  
las letras y los aceros,  
den objeto a la cuestión  
vuestras mismas pretensiones,  
porque con vuestras razones  
justifique mi elección.

MARQUÉS:

Proponed, pues.

INÉS:

Escuchad.  
Uno de los dos--no digo  
cuál, que no es justo--conmigo  
tiene más conformidad;  
mas éste, a quien me he inclinado,  
padece algunos defetos  
tan graves, aunque secretos,  
que acobardan mi cuidado;  
y por el contrario, hallo  
al otro perfeto en todo,  
pero yo no me acomodo  
con mi inclinación a amalloy;  
y así, ha de ser la cuestión  
en que os habéis de mostrar,

si la mano debo dar  
al que tengo inclinación,  
aunque defetos padezca,  
o si me estará más bien  
que el que no los tiene, a quien  
no me inclino, me merezca.  
Cada cual, pues, la opinión  
defienda que más quisiere,  
y la parte que venciere  
merecerá mi elección,  
juzgando la diferencia  
cuantos presentes están,  
pues con esto no podrán  
quejarse de mi sentencia.

CARLOS:

(Al Marqués se inclina Inés, *Aparte*  
yo soy el aborrecido.  
Ya el ingenio me ha ofrecido  
el modo con que al Marqués  
la palabra que le he dado  
le cumpla.) Yo, con licencia  
vuestra, en esta diferencia  
defiendo que el que es amado  
debe ser el escogido.

MARQUÉS:

(¡Cielos!, mi causa defiende *Aparte*  
el Conde; mas él se entiende.  
La mano me ha prometido  
de Inés; confiado estoy,  
que es mi amigo verdadero.  
Con su pensamiento quiero  
conformarme.) Pues yo soy  
de contrario parecer,  
y defiendo que es más justo  
no seguir el proprio gusto,  
y al más perfeto escoger.

INÉS:

(Entrambos se han engañado; *Aparte*  
que el Conde sin duda entiende  
que le quiero, pues defiende  
la parte del que es amado;  
y el Marqués, pues la otra parte  
defiende, piensa también

que es aborrecido. ¡Oh, quién  
pudiera desengañarte!)

CARLOS:

Los fundamentos espero  
que en favor vuestro alegáis,  
Marqués.

MARQUÉS:

Digo, pues gustáis  
de que hable yo primero.  
El matrimonio es unión  
de por vida; y quien es cuerdo,  
aunque atienda a lo presente,  
previene lo venidero.  
El amor es quien conserva  
el gusto del casamiento;  
amor nace de hermosura,  
y es hermoso lo perfeto;  
luego debe la Marquesa  
dar la mano a aquél que, siendo  
más perfeto, es más hermoso,  
pues haber de amarlo es cierto.  
De aquí se prueba también  
que aborrecer lo perfeto  
y amar lo imperfeto es  
accidental y violento;  
lo violento no es durable.  
Luego es más sabio consejo  
al que es perfeto escoger  
--pues, dentro de breve tiempo,  
trocará en amor constante  
su injusto aborrecimiento--  
que al imperfeto querido,  
si luego ha de aborrecerlo.  
Semejantes a las causas  
se producen los efetos,  
ni obra el bueno como malo,  
ni obra el malo como bueno.  
Luego un imperfeto esposo  
un martirio será eterno,  
que, al paso de sus erradas  
acciones, irá creciendo.  
Y no importa que el amor  
venza los impedimentos,  
quite los inconvenientes,

y perdone los defetos;  
pues nos dice el castellano  
refrán, que es breve evangelio,  
que "quien por amores casa,  
vive siempre descontento."  
El gusto cede al honor  
siempre en los ilustres pechos;  
y las mujeres se estiman  
según sus maridos. Luego  
su gusto debe olvidar Inés,  
pues tendrá, escogiendo  
al perfeto, estimación,  
y al imperfeto, desprecio.  
Indicios da de locura  
quien pone eficaces medios  
para algún fin, y después  
no lo ejecuta, pudiendo.  
La Marquesa doña Inés  
este examen ha propuesto  
para escoger al más digno,  
sin que tenga parte en ello  
el amor. Luego si agora  
no eligiese al más perfeto,  
demás de que no cumpliera  
el paternal testamento,  
indicios diera de loca,  
nota de liviana al pueblo,  
que murmurar a los malos  
y que sentir a los buenos.

ALBERTO:

¡Bien por su parte ha alegado!

JUAN:

¡Fuertes son los argumentos!

GUILLÉN:

Oyamos agora al Conde,  
que tiene divino ingenio.

CARLOS:

Difícil empresa sigo,  
pues lo imperfeto defiendo;  
pero si el amor me ayuda,  
la vitoria me prometo.  
Si el amor es quien conserva

el gusto del casamiento,  
como propuso el Marqués,  
con eso mismo lo pruebo;  
que amor para la elección  
ha de ser el consejero,  
pues del buen principio nace  
el buen fin de los intentos.  
Y no importa que el querido  
padezca algunos defetos,  
pues nos advierte el refrán  
castellano que lo feo,  
amado, parece hermoso,  
y es bastante parecello,  
pues nunca amor se aconseja  
sino con su gusto mesmo.  
Aristóteles lo afirma;  
Séneca y Platón dijeron  
que el amor no es racional  
que halla en el daño provecho,  
y halla dulzura en lo amargo  
San Agustín; según esto,  
si en el matrimonio tiene  
el Amor todo el imperio,  
su locura es su razón,  
y es ley suya su deseo.  
Lo que él quiere es lo acertado,  
lo que él ama es lo perfeto,  
lo hermoso, lo que él desea,  
lo que él aprueba, lo bueno.  
El temor de que después  
venga Inés a aborrecerlo,  
no importa, que eso es dudoso,  
y el amarle agora es cierto.  
Para amor no hay medicina  
sino gozar de su objeto.  
Dícelo en su carta Ovidio,  
y en su epigrama Propercio.  
Crece con la resistencia,  
según Quintiliano; luego  
si Inés no elige al que adora,  
no tendrá su mal remedio;  
antes irá cada día  
con la privación creciendo.  
Pensar que el aborrecido  
vendrá a ser, por ser perfeto,  
después amado, es engaño;



que no llega en ningún tiempo,  
según Curcio, a amar de veras  
quien comenzó aborreciendo.  
El amor dice Heliodoro  
que no repara en defetos;  
la antigüedad nos lo muestra  
con portentosos ejemplos.  
Pigmaleón, Rodio, Alcides,  
a unas estatuas quisieron;  
Pasifé a un toro, y a un pez  
el sabio orador Hortensio;  
Semíramis a un caballo,  
a un árbol Jerjes, y vemos  
al que dio nombre al ciprés,  
de amor de una cierva, muerto.  
Pues, ¿qué defetos mayores  
que éstos, por quien los sujetos  
son incapaces de amor,  
pues no puede hallarse en ellos  
correspondencia, por ser  
en especie tan diversos,  
que el mismo amor que intentó  
mostrar en estos portentos  
su poder, quedó corrido  
más que glorioso de hacerlos?  
Luego amando la Marquesa  
al que padece defetos,  
y más sabiéndolos ya,  
no se mudará por ellos.  
Si ignorándolos le amara,  
en tal caso fuera cierto  
que el descubrirlos después  
le obligara a aborrecerlo;  
y por esto mismo arguyo  
que no sólo, aborreciendo  
ahora al perfeto Inés,  
no podrá después quererlo,  
mas antes, si lo quisiera  
ahora, fuera muy cierto  
aborrecerlo después;  
y de esta suerte lo pruebo.  
Ovidio dice que amor  
se hiela y muda si aquello  
no halla en la posesión  
que le prometió el deseo;  
pues hombre perfeto en todo

no es posible hallarse.  
Luego aunque Inés amase  
ahora al que tiene por perfecto,  
lo aborreciera después  
que con el trato y el tiempo  
sus defectos descubriera,  
pues nadie vive sin ellos.  
Quien ama a un defectuoso,  
ama también sus defectos  
tanto, que aun le agradan  
cuantos le semejan en tenerlos.  
Luego es en vano temer  
que se mude Inés por ellos.  
Que "amar lo imperfecto es  
violento, y lo que es violento  
no dura", el Marqués arguye.  
Lo segundo le concedo,  
lo primero no; que sólo  
es a amor violento aquello  
que no quiere, y natural  
lo que pide su deseo.  
Que "el malo obra como malo,  
y obra el bueno como bueno,  
y de las malas acciones  
nace el aborrecimiento",  
dice el Marqués. Es verdad;  
pero como el amor ciego  
aprueba la causa injusta,  
aprueba el injusto efecto.  
Que las mujeres se estimen  
por sus maridos, concedo;  
pero en eso, por mi parte,  
fundo el mayor argumento;  
que quien con mujer se casa  
que confiesa amor ajeno,  
estima en poco su honor.  
Luego, amando al imperfecto  
Inés, fuera infame el otro,  
si quisiera ser su dueño;  
luego ni él puede admitirlo,  
ni la Marquesa escogerlo.  
Que "quien por amores casa,  
vive siempre descontento",  
según lo afirma el refrán,  
dice el Marqués; y es muy cierto,  
cuando por amor se hacen

desiguales casamientos;  
pero cuando son en todo  
iguales los dos sujetos,  
no hay, si el amor los conforma  
más paraíso en el suelo.  
Decir que no cumple así  
el paternal testamento  
es engaño; que su padre  
sólo le puso precepto  
de que mire lo que hace.  
Ya lo ha mirado, y con eso  
su voluntad ha cumplido.  
Que no consigue el intento  
del examen si no escoge  
al de más merecimientos,  
sin atender al amor,  
según Inés ha propuesto,  
es verdad; pero se debe  
entender del amor nuestro,  
no del suyo; que con ella  
es la parte de más precio  
ser de ella amado, y no ser  
amado el mayor defeto.  
Luego, si elige al que quiere,  
ni dará nota en el pueblo,  
ni qué decir a los malos,  
ni qué sentir a los buenos.

ALBERTO:

¡Vítor!

JUAN:

¡Vítor!

GUILLÉN:

¡Venció el Conde!

ALBERTO:

Sus valientes argumentos  
vencieron en agudeza,  
en erudición y ejemplos.

BELTRÁN:

Todos declaran al Conde  
por vencedor.

INÉS:

Según eso,  
ya es forzoso resolverme,  
aunque me pese, a escogerlo.  
Venciste, Conde; mi mano  
es vuestra.

BLANCA:

¡Qué escucho, cielos!

FERNANDO

¿Esto hemos venido a ver,  
Blanca?

CARLOS:

(Agora, que ya puedo *Aparte*  
ser su esposo, he de vengarme,  
y ha de ser un acto mesmo  
fineza para el Marqués,  
y para ella desprecio.)  
Marquesa, engañada estáis;  
porque vos habéis propuesto  
que la parte que venciere  
ha de ser esposo vuestro.  
Pues si mi parte ha vencido,  
y es la parte que definiendo  
la del imperfeto amado,  
él ha de ser vuestro dueño.  
Yo sé bien que no soy yo  
el querido, y sé que ha puesto  
la invidia vil al Marqués  
tres engañosos defetos.  
Y porque os satisfagáis,  
escuchadme aparte.

(Hablan en secreto)

MARQUÉS:

(¡Cielos! *Aparte*  
No hay más tesoro en el mundo  
que un amigo verdadero.)

BLANCA:

(Yo soy perdida, si aquí *Aparte*  
se declaran mis enredos.)

Doña INÉS y el conde CARLOS hablan aparte

INÉS:

Ésas tres las faltas son  
que me han dicho.

CARLOS:

Pues mi ingenio  
las inventó... (Esta fineza *Aparte*  
deba el Marqués a mi pecho)  
por vencerle y por vengarme  
de vos; y ya que mi intento  
conseguí, pues que la mano  
me ofrecéis, y no la quiero,  
como noble, restituyo  
al Marqués lo que le debo.  
Y para que a mis palabras  
deis crédito verdadero,  
baste por señas deciros  
las tres faltas que le han puesto  
y que ha sido una mujer  
la que tales fingimientos  
os dijo por orden mía.

INÉS:

Es verdad. La vida os debo.

CARLOS:

Pues dad al Marqués la mano.  
Ya, Marqués, se ha satisfecho  
doña Inés de que la invidia  
os puso falsos defetos.  
Yo defendí vuestra parte,  
y fui vencido venciendo.  
Dalde la mano; que yo bien  
he mostrado que tengo  
puesta en Blanca mi esperanza  
con las colores y versos  
y divisas de las cañas,  
de la sortija y torneo.

BLANCA:

Yo me confieso dichosa.

MARQUÉS:

Sois mi amigo verdadero,  
y vos mi esposa querida.

INÉS:

Cuando os miro sin defetos,  
¿cómo, Marqués, os querré,  
si os adoraba con ellos?

OCHAVO:

El examen de maridos  
tiene, con tal casamiento,  
dichoso fin, si el Senado  
perdona al autor sus yerros.

FIN DE LA COMEDIA